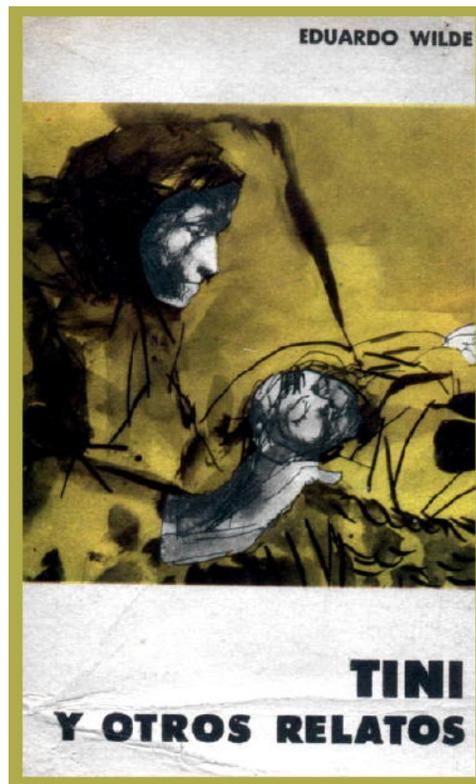


Tini Y Otros Relatos

Comentario [LT1]:

Eduardo Wilde



EDUARDO WILDE**LA VIDA**

Eduardo Wilde nació en Tupiza, pequeño pueblo del sur de Bolivia, el 13 de junio de 1844. Sin embargo, por ser hijo de argentinos exiliados en la época de Rosas, debe considerársele también argentino, según lo dispuso nuestra legislación para esos casos. En su hogar conoció dificultades económicas frecuentemente graves, pues su padre - típico aventurero sin ventura - se dedicaba a la exploración y explotación de minas, empresas en las que solía fracasar en el aspecto práctico. No obstante esa situación, pudo ser enviado al Colegio de Concepción del Uruguay, en el que cursó la enseñanza media.

En 1864 ingresó en la Facultad de Medicina de Buenos Aires. También sus días de universitario fueron muy penosos por la misma causa: la apremiante falta de dinero. Cuando cursaba el cuarto año se le nombró interno del Lazareto de Coléricos, cargo que ningún médico recibido había querido aceptar. En esa oportunidad contrajo el terrible mal que asolaba a la población. Se doctoró en 1870 con su famosa tesis sobre el hipo, trabajo con el que ganó el premio que discernía la Asociación Médica. Poco después se le otorgó uno, beca para perfeccionar sus estudios en Europa, pero como por sí sola no bastaba para mantenerse allá, y dado que carecía de recursos propios, se vio obligado a rechazarla.

A partir de entonces comenzó a destacarse tanto en el ejercicio de la medicina como en el de la docencia. Ocupó cátedras en el Colegio Nacional; en la Facultad de Medicina y en la de Ciencias Físicas y Naturales. Se desempeñó asimismo en tareas administrativas, principalmente en cuestiones de salubridad e higiene. Como presidente de Aguas Corrientes, del Departamento Nacional de Higiene y de la Comisión de Obras de Salubridad contribuyó en forma decisiva a la transformación de Buenos Aires, que por entonces dejaba de ser la Gran Aldea para convertirse, casi sin transición, en una gran ciudad. A Wilde se debe la iniciativa de la provisión de aguas corrientes, así como la de la eliminación de las aguas servidas y la eficiente canalización de las de lluvia.

En 1870 se declaró la epidemia de fiebre amarilla y entonces observó Wilde un comportamiento ejemplar. Cumplió todas las tareas que se le encomendaron sin aceptar remuneración alguna ni siquiera los cinco mil pesos con que quiso premiarlo la Comisión Popular. Quizás esto haya sido tomado en cuenta por la población poco después, cuando lo llevó a ocupar una banca en la legislatura provincial. Fue éste el principio de una larga serie de magistraturas desempeñadas por Wilde, militante del partido Autonomista había sido elegido diputado nacional cuando en 1882 Roca le confió cartera de Justicia, Culto e Instrucción Pública, que retuvo hasta 1885. Durante la presidencia de Juárez Celman estuvo a cargo del ministerio del Interior hasta 1889, año en que debió renunciar a causa de

sus disensiones con el jefe del Ejecutivo.

Poco después estalló la revolución del 90. Se desató en esa oportunidad una campaña contra su persona de la que, por principio, se abstuvo de defenderse. En un gesto que bien puede interpretarse como un exilio voluntario, se ausentó del país y peregrinó durante más de ocho años por tierras de Asia, Europa, África y América. En 1898 la segunda presidencia de Roca marcó el resurgimiento de su partido y Wilde volvió a desempeñarse en funciones oficiales, esta vez en el servicio exterior de nuestra diplomacia, como embajador en los Estados Unidos primero y luego en Bélgica, Holanda y España.

Pero sin duda lo más importante de su actuación como hombre público es su participación decisiva en la que se ha llamado nuestra legislación liberal, una de las más grandes conquistas logradas en aquella época de cambios trascendentales. A Wilde le cupo apoyar como ministro del ramo, en un debate que ha hecho época por los hombres que participaron en él y por los conceptos que vertieron, el proyecto de la Ley N° 1420, por la cual se instituyó la enseñanza común, gratuita, obligatoria y laica tuvo también una actuación importante en la sanción de las leyes de registro y matrimonio civil, con lo que se cerraba un ciclo de nuestra historia jura, dica, durante el cual los cuatro hechos quizá más trascendentales de la vida humana - el nacimiento, la educación, el matrimonio y la muerte - estuvieron exclusivamente sujetos a la potestad eclesiástica. La muerte lo sorprendió lejos de su país, en Bruselas, en 1913.

LA GENERACIÓN DEL 80

Para interpretar en todos sus matices la trayectoria de Wilde, y de modo especial su significación como hombre de letras, es imprescindible tomar en cuenta la época en que actuó y ubicarlo entre las figuras literarias de su generación, la del 80. De ésta dijo Ricardo Rojas en su Historia de la Literatura Argentina: Hay en esta generación un tipo de escritores dotados de sensibilidad literaria y de variada cultura, que figuran en nuestra bibliografía como autores (le muchos volúmenes, pero desprovistos de ese espíritu de continuidad que en el pensamiento y en la obra crea la unidad orgánica del verdadero libro. A estos escritores, para agruparlos de algún modo, se me ocurre llamarlos nuestros "prosistas fragmentarios". Fueron todos ellos prosistas, aunque poetas a ratos, por la afición al verso o las tendencias de la imaginación, y fragmentarios porque no escribieron complejos tratados doctrinales ni eruditas investigaciones históricas ni largos relatos novelescos. Mezcla de universitarios y de hombres de mundo, formáronse en los libros y en los viajes, frecuentaron las imprentas y la política, alternaron las tareas del gabinete con las charlas del club, gozaron de la vida, revelaron en sus obras un temperamento y dejaron en pos de sí artículos, anécdotas, ensayos, impresiones, memorias, narraciones breves, impregnadas de experiencias

autobiográficas o de observaciones sobre el ambiente en que vivieron. Tal es el caso de Lucio V. Mansilla, Santiago Estrada, Miguel Cané, Eduardo Wilde, Bartolomé Mitre y Vedia, José S. Alvarez (Fray Mocho) y José M. Cantilo. Junto a ellos actuaron novelistas como Eugenio Cambaceres, Julián Martel, Manuel Podestá y Lucio V. López; poetas como Rafael Obligado, Carlos Guido y Spano y Olegario V. Andrade y sociólogos como José María Ramos Mejía, Agustín Alvarez y Carlos Octavio Bunge.

Sin embargo, la representación máxima de la generación está dada por los prosistas fragmentarios, como los llama Rojas. Es que, de alguna manera, se dieron en ellos más que en los otros las virtudes y defectos de la época. En su mayoría eran hombres de pensamiento progresista, de decidida filiación liberal, positivistas y librepensadores.

Fueron una generación afrancesada de inequívoca sensibilidad aristocrática, pero desde su mirador, constantemente abierto sobre Europa, recogieron saludables aires de renovación para el pensamiento argentino y para el estilo de vida del pueblo, todavía estancado en las formas anacrónicas de la Colonia. Parafraseando a Sarmiento se podría decir de ellos que fueron europeos en la Argentina y argentinos en Europa.

A pesar de sus limitaciones de concepto y de clase, sentían un verdadero, aunque muy particular, amor por este rincón del mundo en que habían tenido la extravagancia de nacer y les gustaba añorarlo nostálgicamente desde París. Florencio Escardó, en su libro sobre Wilde, dice entre otras cosas: La experiencia histórica reciente permite entender un poco más las causas del relativo fracaso de la generación del 80 y que reside, tal vez, en su auténtica inautenticidad; al bien escribían, decían o pensaban como buenos y limpios republicanos, ejercían, con la naturalidad que evita el remordimiento, una vida política básicamente antirrepublicana y fraudulenta. Esta valoración no amengua el mérito de su obra constructiva ni excusa a las generaciones siguientes de la timorotez y desconfianza con que usaron los instrumentos legales y doctrinarios que fueron puestos en sus manos. Inautenticidad por inautenticidad, la de los hombres del 80 fue más auténtica. Así, hay quienes han encontrado que Wilde era osado, excesivo y categórico, y creído que sus escritos puestos en manos de las nuevas generaciones harían el efecto de bombas de tiempo. Es así como lo que de esos escritos llega a los estudiantes -- cuando algo llega -- se detiene morosamente en lo literario y esquiva, so capa de profilaxis pedagógica, lo más característico de su pluma, o sea su capacidad de libre examen, que es precisamente lo que presta a muchas de sus páginas una actividad escalofriante.

LA OBRA

Así como en su condición de hombre público Wilde poseyó una lucidez y penetración muy raras en los demás escritores de entonces que actuaron en política, y por lo mismo pudo gravitar en ella dejando huellas más hondas, cabe afirmar, sin establecer comparaciones ociosas, que su raso

por las letras fue también muy rico en testimonios de valor perdurable. Una parte no pequeña de su obra la dio a conocer a través del periodismo, en el que se inició, cuando era muy joven aún, como redactor de *El Bachiller*. Pasó después por los principales diarios argentinos de entonces (*El Mosquito*, *La Nación Argentina*, *El Pueblo*, *La Tribuna*, *El Diario*, *El Nacional*, *La Nación*) hasta desempeñar durante cuatro años la dirección de *La República*. desde donde realizó sus más violentas campañas políticas.

Las Obras Completas de Wilde, editadas después de su muerte, comprenden diecinueve volúmenes, en los que se encuentra un material variadísimo; hay allí gramática, filosofía, me diría, política, sociología, derecho, historia y, por supuesto, literatura. Sus libros esencialmente literarios son: *Aguas abajo*, *Prometen y Cía.*, *Tiempo perdido*, *Cosas mías y ajenas*, *Cosas viejas y menos viejas*, *Recuerdos*.

recuerdos..., *Entre la niebla*, *Por mares y por tierras* y *Viajes y observaciones*. Entre sus mejores páginas debe citarse a Tini, el conmovedor relato que Aníbal Ponce calificó como el más admirable de los poemas en prosa que se hayan escrito en loor a la niñez, las semblanzas de Nicolás Avellaneda e Ignacio Pirovano y; en definitiva, casi todos los esbozos de *Aguas abajo*, reconstrucciones milagrosas de ese mundo irre recuperable que signa las primeras impresiones de la vida.

Su estilo es espontáneo; tiene ese aire de prosa conversada propio de nuestros escritores dei 80, pero probablemente haya en él más hallazgos formales. Aun cuando parece descuidado tiene una gracia tan natural que sus mismos defectos no resultan inarmónicos. Es un estilo que se mueve dentro de leyes propias, que crea su propio ritmo y sorprende con imprevistos giros que se dirían piruetas de volatinero. Ocurre que en Wilde alienta como elemento permanente una como voluntad de travesura, un donaire juvenil que comunica inagotable savia a su prosa.

"Wilde - escribió alguna vez Sarmiento - ha venido a salvar al país de la monotonía de lo recto y de lo estrecho." Lo cierto es que con su humorismo (sin duda su rasgo más característico) fue como un tábano socrático sobre esta ciudad todavía pacata., ;adusta, y pusilánime. Un pensador argentino que conoce bien la materia observó que se llega a humorista cuando no se tiene la resolución de suicidarse o se tiene la delicadeza de no volverse cínico. El humorismo acaso sea la forma más sutil de la inteligencia, el ropaje cota el que se cubren frente a las inclemencias del medio ambiente las naturalezas demasiado sensibles. Y porque el humorismo de Wilde era así - genuino, profundo y no mera comicidad - fue causa, asociado a otras peculiaridades de su personalidad, de la frecuente incomprensión de sus contemporáneos, que lo difamaron y calumniaron hasta la desnaturalización y llegaron a calificarlo como cínico, confundiendo con cinismo su veracidad sin restricciones.

La figura de Eduardo Wilde ha sido mantenida en un sospechoso cono, de sombra Corresponde a las jóvenes generaciones rescatarlo del olvido y colocarlo en el lugar de privilegio que debiera ser el suyo.

Entonces se advertirá con sorpresa en qué medida tienen vigencia muchas de sus observaciones y cómo, cuando se llega a un cierto nivel - que él alcanzó con holgura -, los frutos del pensamiento no envejecen.

PROMETEO y CIA.

TINI

-¿Cómo va la enferma? - dijo el médico, entrando a una pieza en la que varias personas hablaban en voz baja.

-No está bien - contestó una de ellas.

-Perfectamente - repuso el doctor y penetró con precaución en la habitación contigua, que era un espacioso dormitorio, bien amueblado y dotado de cortinas dobles, alfombras blandas y lujosos adornos.

Una lámpara opaca alumbraba escasamente con su luz indecisa el aposento, cuya atmósfera denunciaba la presencia de perfumes y la permanencia de personas cuidadas; había olor a recinto habitado por dama distinguida.

La enferma se hallaba acostada de espaldas, en un lecho limpio y acomodado.

Su semblante estaba pálido, sus labios algo descoloridos. Una cofia blanca aprisionaba sus cabellos, una bata bordada cubría su pecho; sus manos finas, blancas y suaves salían de entre un capullo de encajes que parecían un montón de espuma. Había en su persona un poco de esa coquetería permitida que tienen todas las mujeres de buena cuna y que ostentan aun cuando estén enfermas.

El doctor, mirando fijamente a la dama y tomándole la mano, medio en uso de su profesión, medio en forma de saludo, preguntó:

-¿Cómo ha pasado el día la señora?

-Mal, doctor, he sufrido mucho; me duele todo; deme algo que me calme : l qué falta de compasión venir a esta hora!

-Señora, la mejor visita se deja para el último, como los postres. Es necesario buscar la estética aun en el desempeño de los más dolorosos deberes.

-Usted tiene siempre disculpas.

-Y usted jamás tiene necesidad de ellas. -Cúreme y le perdonaré su indolencia. -Usted será atendida con toda la prolijidad de que yo soy capaz.

En seguida hizo un interrogatorio detenido y explicó sus prescripciones.

Junto a la cama de la enferma, recientemente madre, había una cuna y en ella dormía sus primeros días un niño robusto, envuelto en mil bordados.

El médico se acercó a él y después de observarlo un rato, dijo:

-¡Será un famoso guardia nacional si la naturaleza lo permite!

-Si Dios quiere, diga, doctor -objetó la dama.

-Bien, si Dios quiere ; en materia de creencias, tengo las de mis enfermas distinguidas.

El doctor se retiró, y la madre del niño se quedó reflexionando en el correctivo puesto por su médico al augurio relativo al recién nacido.

La enferma se restableció pronto, y el niño durmió mucho, lloró poco y se alimentó a satisfacción en los días y los meses siguientes.

La madre lo cuidaba con esmero, no se separaba de él durante el día y todas las noches se sentaba en la cama para mirarlo largo tiempo.

Cuando el niño suspiraba, la madre se sentía agitada, y cada tos y cada estremecimiento del pequeñuelo querido, producía una alarma, pues el augurio del doctor con su correctivo, trotaba con singular insistencia, durante las largas horas de vigilia, en la cabeza de la madre.

Mientras tanto, el objeto de tales inquietudes continuaba durmiendo sus días enteros y sus noches completas. Cuando no dormía, tomaba el pecho. ; Jamás se vio niño más dedicado a esas dos ocupaciones!

A los diez meses dijo: mamá; la casa se puso en revolución. Después dijo: papá; un criado corrió a buscar al aludido a su escritorio para anunciarle la gracia. Más tarde se paró y 'dio algunos pasos, estirando los brazos para agarrar las manos que le ofrecían.

En estos primeros ensayos recibió el nombre de Tini.

¿Qué quería decir Tini? Nadie lo supo; pero. el apodo se quedó como nombre.

Tini comenzó a caminar y a conversar.

Se dio muchos golpes y dijo mil barbaridades graciosísimas y comprometedoras. Por ejemplo llamaba papá a todo el que veía con barba larga y su verdadero padre sólo obtuvo el título legítimo a través de un montón de juguetes y caramelos regalados.

Tini era muy lindo; lo pedían del barrio para mirarlo y más de una vez, en sus excursiones, hizo de las suyas.

Un día Tini estuvo de mal humor; su mamá dio por causa que tenía la boca caliente y que apretaba las encías.

Con este motivo los dedos de todos los habitantes masculinos y femeninos de la casa, entraron en la boca de Tini, hasta que el índice del papá, sucio del tabaco, descubrió un conato de dentadura.

Tini echó un diente, no sin un gran conflicto e el barrio y serias consultas al médico.

'Escenas análogas se repitieron durante algún tiempo, y Tini presentó por fin una dentadura de ratón, chiquita, cortante, graciosa, que se mostraba sobre todo seductora en las sonrisas de su boca rosada.

Inútil es añadir que de allí en adelante Tini obtuvo el privilegio de morder los dedos que se aventuraban en exploraciones peligrosas, y de desbloquear todos los pedazos de carne que le caían a la mano. Solía también mascar las cabezas de los soldados de palo que le compraban; tales atentados motivaban invariablemente una visita médica.

El adorado y consentido Tini era sublime de impertinente, y sus audacias increíbles para decir las cosas más crudas con el mayor aplomo, sólo tenían su explicación en su inocencia singular respecto a las conveniencias sociales.

Verdad es que cuando comenzó a hablar con metáforas inteligibles, y a encontrar símiles, sólo tenía dos años y medio.

A pesar de sus franquezas y paradojas, Tini gozaba del cariño de todos, y niños, mujeres, viejos y jóvenes se disputaban su amistad y sus caricias.

Su cara y su cuerpo eran una perfección, su carne era la más fresca de la naturaleza, su piel la más blanca, sus muslos duros y llenos, sus manos blandas, chicas, finas, con los dedos doblados hacia el dorso.

¡Qué cabeza! ¡qué pelo! ¡qué ojos y qué boca!
¡Si daba ganas de comérselo a besos!, como decían las muchachas más expresivas del barrio.

La boca, principalmente, era una delicia; tenía gusto a leche con azúcar y causaba el tormento de su dueño quien, tras de cada beso, se limpiaba los labios con el brazo en prueba de disgusto.

Toda su ropa se parecía a él y lo recordaba sus botines sobre todo, eran adorables; gastados en el talón, algo torcidos y rotos a la altura del dedo grande, eran toda una historia de las mil ambulancias infantiles de su dueño.

Al mirarlos tirados en cualquier parte, la imaginación los rellenaba con el piececito del niño, y uno veía asomar su dedito rosado por el agujero de la punta.

Tini progresaba diariamente y su inteligencia tomaba formas caprichosas y trascendentales.

A la edad de cuatro años emprendió una reforma capital de la gramática, y atacó, desde luego, los verbos irregulares con un encarnizamiento incomparable.

No decía "hecho" por nada de este mundo, sino "hacido"; el verbo "jugar" en su presente de indicativo, era para él como sigue

Yo jugo,/ vos jugás,/ él juga,/ nosotros jugamos,! ustedes jugara,/ ellos también jugara.

En efecto, ya que el verbo no es "juegar" sino "jugar". Tini tenía razón contra la Academia, que permite una barbaridad tan inútil.

Pasando los días, llegó un cumpleaños de Tini; varias aves fueron

muertas y preparadas para la comida; los parientes recibieron su invitación oportuna. El niño anduvo tras de las personas que se ocupaban de los preparativos, pero con cierta indolencia que no le era habitual.

En la mesa estuvo caído, descontento y haciendo esfuerzos el pobrecito, por ser cariñoso con los que lo festejaban. Pidió levantarse antes de los postres y sin atreverse a abandonar la agradable compañía, buscó un término medio entre sus deseos y su malestar, acostándose en un sofá.

La mamá comenzó a inquietarse, aun cuando se explicaba el caimiento del niño por lo agitado . del día y por el cansancio consiguiente. . .

Las visitas se despidieron; Tini puso su mejilla o su boca, según el grado de afección, pata: que fuera besada, y ganó pronto su camita, en la que se durmió en el acto.

Su sueño no fue tranquilo; la respiración parecía anhelosa; silbaba mucho por la nariz y se daba vuelta con frecuencia. Una mano sana puesta sobre la frente de Tini, habría notado un ligero aumento de calor.

El silencio se había hecho en la casa, pero había un sitio en que comenzaba a levantarse una tormenta : el corazón de la madre. Hubo unos ojos que no se cerraron y un cuerpo estremecido que se revolvía en el lecho sin encontrar reposo.

A eso de las doce de la noche una figura fantástica proyectaba su sombra en las paredes.

La madre se había levantado y se acercaba en puntas de pies a la cama del niño.

Si yo fuera pintor y quisiera pintar un cuadro que representara la fórmula de todas las inquietudes humanas, pintaría una madre en camisa, con una vela en la mano, observando el sueño de su hijo, cuando teme que le sobrevenga alguna enfermedad. ¡Cuánta preocupación diseñarían sus facciones! ¡cuánta zozobra y ternura mostraría su semblante! ¡cuánto temor descontado sobre la previsión de una futura desgracia!

La madre de Tini parecía la imagen del dolor la ansiedad. Estuvo un rato mirando a su hijo, suspiró profundamente y se retiró con un millar de desdichas engastadas en el alma.

Tini se despertó de repente y quiso quejarse, cuando le sobrevino una tos ronca y repetida.

Cien voces dijeron crup en el oído de la madre, los ecos repitieron crup, las sombras de las cortinas, de las molduras y de los adornos de la habitación, proyectadas por la luz escasa de la lámpara, escribieron epitafios sobre los muros; la palabra crup se difundió por toda la casa, llenó la atmósfera, penetró en los últimos resquicios y heló las entrañas de la pobre madre.

Crup, dijeron los ruidos misteriosos de la noche; crup, decía el viento

que soplaba sus lamentos por las rendijas de las puertas; crup, repetían los cascotes de los caballos que pasaban de tiempo en tiempo, arrastrando los pesados coches por las calles silenciosas ; crup, decían la péndola del reloj y el crujido de los muebles; crup, crup, murmuraba el roer de los ratones tras de los zócalos de las piezas; crup, secreteaban las hojas de los árboles que se mecían en los patios ; crup, gritaban las veletas de los edificios vecinos, ¡y hasta las estrellas que chispeaban en los cielos, mandando su luz temblorosa a través de los vidrios, parecían encender sus cirios para velar el cuerpo de un ángel muerto de crup!

Crup, dijeron las aves que pasaban en bandadas y los aleteos de los pájaros en sus jaulas; crup, pronunciaban las olas que chocaban en las costas; crup, vociferaban los golpes en las puertas de los habitantes retardados ; crup, roncaban las voces de los ebrios en las calles, y crup, crup, preludiaban los músicos ambulantes que buscaban un pan y un cobre martirizando sus instrumentos en la noche callada.

Cuando todo en la naturaleza hubo dicho crup, la madre de Tini dio un grito estridente, desesperado, y saliendo de su cama se paró rígida en medio de la habitación.

La casa se puso en movimiento, todos sus habitantes se levantaron y corrían desatinados de un lado a otro. Se mandó en busca del médico; éste llegó pronto y observó al niño con profunda atención, con mirada intensa, con imperturbable quietud. La madre buscaba adivinar en el semblante del doctor su pensamiento; pero éste se guardó bien de darle formas por temor de que sus aprensiones fueran traducidas; su fisonomía no dijo nada, su actitud dijo reserva; pero los latidos de su corazón se perturbaron más de un momento en su ritmo vitalicio.

Tini miraba atónito la escena, y con cariño y curiosidad a su amigo el doctor.

Había en la cara del niño algo extraño ; su expresión era entre seria y triste; no demostraba dolor, pero alejaba la idea de bienestar; alguna sombra rara, indecisa, alarmante, se paseaba por su rostro pálido.

La noche se pasó en zozobras y cuidados; el niño dormitaba de tiempo en tiempo; el médico observaba los progresos del mal y propinaba él mismo sus inciertos remedios. La tos ronca del pequeño enfermo se repetía con más frecuencia; sus palabras, antes tan graciosas y sonoras, salían oscuras y veladas de su garganta.

-¡Mamá! -decía, estirando sus bracitos redondos -, no me duele nada, no llores -. Pero su inquietud mostraba su mal y su respiración parecía un suspiro continuado. La madre se ahogaba, los sirvientes lloraban, el luto y la tristeza se esparcía por toda la casa.

Al otro día un pequeño alivio se inició.

Tini pidió sus juguetes predilectos : su tambor, su corderito, su polichinela y sus soldados. Pronto se cansó de acariciarlos, sin embargo, y los empujó al borde de la cama, como si le incomodaran : sólo el polichinela, con sus platillos levantados, obtuvo el privilegio de acostarse

a su lado.

Más tarde la respiración se hizo anhelosa, volvió la inquietud; hubo varios accesos ligeros de sofocación; el llanto apareció de nuevo en todos los ojos, varios médicos examinaron a Tini y él soportó con mansedumbre angelical aquellas molestas investigaciones. Después, como quien pensara que todo era inútil, al ver acercarse a los médicos armados de cuchara, instrumento al cual ya miraba con horror, se daba vuelta desesperado y gritaba con voz ronca y lastimera " ¡Basta, mamá !"

El corazón de la madre se desgarraba, sus lágrimas corrían a torrentes y con su mano temblorosa apartaba la del médico que iba a martirizar a su hijo.

Nunca mayor dolor penetró en pecho humano, jamás zozobra igual desgarró más cruelmente. las entrañas de mujer alguna.

Se habló de peligro inminente, de remedios heroicos y de operación; pero la confianza, esa tabla de salvación de todos los infortunados de la tierra, había desaparecido de todos los pechos.

Las conversaciones se pararon, las comunicaciones intelectuales no tuvieron ya más expresión que la mirada, y los ojos investigadores no hacían más que preguntas sin esperanza, ni obtenían más que respuestas dolorosas.

A la noche siguiente, la operación fue decidida.

El cuerpo de la madre, desarticulado y desecho, fue arrancado de la habitación donde Tini tramitaba sus momentos de vida.

-¡Pobre Tini !

Con sus ojos abiertos desmesuradamente y su rostro asombrado, fue colocado sobre una mesa con la cabeza echada hacia atrás y el cuello tendido.

El doctor, sin mirar la cara de su tierno mártir, pues no habría podido mirarla sin vacilar, hizo rápidamente una herida en el sitio elegido...; se oyó un estertor de agonía... -¡Muerto! - gritaron los asistentes... La sangre corrió mansamente por los lados del cuello del niño...; los médicos, silenciosos, no se inquietaron; en la herida se colocó una cánula por la que se proyectó con violencia un montón de sangre y de espuma. Tini, desesperado, se sentó llevándose las manos al cuello: ¡ quiso gritar y no pudo! ¡no tenía voz! Su mirada fue, sin embargo, más inteligente, respiró mejor y su débil cuerpecito se extendió de nuevo sobre su lecho de tortura.

Si hubiera palabras en algún idioma para describir el momento en que la madre de Tini volvió a ver a su hijo operado, yo intentaría bosquejar la escena, medir la duración de los abrazos infinitos, contar las caricias imprudentes, desesperadas y dementes, numerar los besos, recoger los suspiros y mostrar la tensión del llanto sujeto tras de los párpados por la intensidad de sentimientos contradictorios.

Pero no hay tales palabras. La naturaleza ha puesto la expresión de los inmensos dolores fuera del alcance del lenguaje articulado, entregándosela a la música y a la pintura. Para sentir no basta entender,

es necesario oír y ver.

El padre de Tini se paseaba en las habitaciones sin preguntar, sin hablar, sin escuchar, con sumiéndose en el incendio de su tormento interno.

Cuando se organizó la asistencia consiguiente la operación ; cuando los médicos se retiraron ; cuando la casa volvió a su monotonía de dolores, las horas continuaron pasando, marcadas por la indiferencia de los relojes y los conflictos de las curaciones.

El sueño había huido de todos los cerebros; tos practicantes que cuidaban al niño, caminaban cautelosamente por la pieza : ¡el menor ruido era una sorpresa! ¡la menor palabra un sobresalto!

La niñera de Tini, sentada a los pies de la cama, ocultaba su rostro entre sus manos y escondía su dolor anónimo y menospreciado como todo pesar de sirviente. ¡Su Tini, su adorado Tini, no la hablaba, no la veía, no le estiraba los brazos como lo hacía siempre!

El día pasaba silencioso y la noche tristísima. La cabeza de Tini esparcía sus rulos de oro sobre la almohada mojada, y su pobre cerebro, envenenado por la enfermedad, comenzaba ya a enloquecerse y a mostrar a su conciencia desorientada, las fantasías del otro mundo con los detalles de éste, ¡mezclados, tergiversados, increíbles!

Cuando la aurora apuntaba, su luz indecisa, gris primero, blanca después, pasaba por los postigos entreabiertos y, advirtiendo a la lámpara que su tarea penosa de alumbrar durante la noche había concluido, iba a herir la pupila del niño con sus caricias cristalinas y sus besos transparentes.

Hacía frío en la alcoba; la luz del día traía horripilaciones del horizonte, sus rayos bañados en las aguas de los mares, helaban con su lujo de vida los corazones de cuantos presenciaban aquellos preparativos de tragedia, tras de una noche de desvelo.

¡Qué días y qué noches tan tristes se pasaba en el lúgubre aposento! ¡qué horas tan largas y tan desiertas! El silencio parecía el acompañamiento solemne del pesar que extendía sus alas sombrías, y los ruidos inciertos, uno que otro crujido de muebles, alguna ligera oscilación de las puertas sobre sus goznes, el estallido de una burbuja de aceite en la pequeña lámpara o el choque repentino de algún insecto atolondrado contra las paredes, eran interrupciones sin cadencia que tomaban las proporciones atronadoras de una explosión en las soledades de aquel mar de aflicciones.

Los espejos parecían meditar melancólicamente sobre las imágenes deslustradas que reflejaban ; los armarios entreabiertos, dejaban ver en su fondo semioscuro, las ropas ajusticiadas, cuyos cadáveres colgaban de las perchas; las cortinas diseñaban en los muros figuras fantásticas, y las molduras y los adornos proyectaban sombras de caras grotescas o de esfinges extrañas, sobre las cuales se fijaba con tenacidad la imaginación apesadumbrada de las personas que hacían su guardia a la cabecera de Tini.

Una mosca grande, impertinente, exótica, desafiaba a veces las persecuciones más bien combinadas de los asistentes, y con una insistencia digna de mejor propósito, daba vuelta zumbando alrededor de todas las cabezas, inquietándolas con su aleteo sonoro y musical; de repente se paraba, luego comenzaba de nuevo su prolija tarea; se alejaba, volvía, se asentaba en un objeto, se levantaba y repetía su paseo circular modulando sus óperas abstrusas, hasta que tomaba rumbo hacia una puerta y se escapaba satisfecha, como si acabara de encantar a su auditorio.

La atmósfera del aposento quedaba cargada con el bordoneo del insecto y parecía mantener en conserva algún mensaje lamentable, dicho por una comadre mal intencionada.

Y luego continuaban los silencios y los ruidos, g las luces y las sombras, las caras y las esfinges, aterrorizando la imaginación y girando lastimeramente en torno del niño enfermo.

¡ Pobre Tini ! Entre un letargo y otro letargo él veía cambiarse los personajes de la escena: unos entraban, otros salían, algunos permanecían estáticos y serios como senadores petrificados, o bailaban contradanzas haciendo figuras al compás de una música que no se oía.

Los ruidos de las calles comenzaban luego a amontonarse en la atmósfera y penetraban poco a poco hasta la cama de Tini, solitarios primero, juntos y en tropel después, hasta que su número y su mezcla producía un rumor uniforme, monótono, sin articulación ni timbre.

El farol del patio, que había mirado con su ojo amarillo durante toda la noche* a través de las persianas el doliente cuadro, urgido por ta economía doméstica y la competencia insostenible de la luz solar, se vio obligado a dejar de pestañear con su gas a medio foco, y sus fajas penumbradas, que desde las paredes del cuarto acompañaban a los veladores, se borraron de golpe, dejando en ellos la tristeza de una innovación.

Y a la plácida aurora, y al sol naciente y a los nublados de la tarde, sucedían el crepúsculo, ta oscuridad de la noche, la semiluz de las estrellas o la serena reflexión de la luna que con su cara bruñida se levantaba lentamente hacia los cielos.

Las horas pasaban unas tras otras, con su número de orden a la espalda, en series por docenas,. marcadas como camisas de gente metódica y llevándose al infinito las desgracias que sucedieron en ellas, sin dar vuelta jamás la cara, para mirar la mísera tarea de sus compañeras; las horas pasaban prendidas las unas a los faldones de las otras, con su paso uniforme, como soldados de teatro, sin pararse ni acabarse jamás.

La número seis o siete de la segunda serie, que había visto enconderse el sol tras de los edificios, con su cara roja como la de un enfermo de escarlatina, entraba en el cuarto de Tini envuelta en el

crepúsculo, a pedir que encendieran las luces y pusieran un punto brillante en el vaso de aceite, donde iba a navegar toda la noche un disco de porcelana con una mecha microscópica.

Los ojos de Tini, medio empañados ya, veían los círculos difusos de aquella luz clandestina que alargaba y acortaba sus rayos, en un eterno juego sin consecuencia y sin destino.

Los ruidos de la calle se hacían cada vez más raros y se presentaban más separados. La voz de los vendedores se alejaba; el fragor de los vehículos disminuía y sólo de tiempo en tiempo, un coche apurado atronaba los aires raspando el pavimento.

Ruidos, luces, olores, todo llegaba a Tini como si viniera de otro mundo, y su cabeza desvanecida poblaba de fantasías increíbles ese cosmos de sensaciones.

Los médicos entraban, observaban, conversaban, ordenaban y salían silenciosos.

Sólo uno, el de la casa, se quedaba más tiempo junto a la cama de Tini. Su jovialidad había desaparecido, su ciencia había medido el abismo y su corazón de hombre se impresionaba ante aquella desolación inevitable.

-¡Doctor, mi hijo se muere! - le decía la madre de Tini -. "Se mueren, repercutía como un eco en el pecho del médico, pero sus labios no proferían una palabra.

Tini ya no conocía, su cerebro preparaba voluptuosidades de otro mundo; sus rulos continuaban esparcidos sobre la almohada y sólo la cánula, sujeta a su garganta, daba indicios de vida, roncando flemas y sosteniendo artificialmente una existencia que se extinguía.

Por fin sus manos comenzaron a enfriarse; pequeñas esferitas de sudor helado brotaron en su rostro pálido, un movimiento convulsivo pareció iniciarse ; hubo un momento de quietud extrema... Tini hizo un esfuerzo supremo para incorporarse : no pudo. Abrió sus grandes ojos, miró fijamente la luz de la lámpara, estiró los brazos hacia su mamá y los dejó caer de nuevo; la cánula dio su último ronquido y...

¡Las horas continuaron pasando con su número de orden, marcadas como camisas de gente metódica!...

¡Es una felicidad morir en la estación de las flores! El cajón de Tini iba literalmente cubierto de ellas y la mano callosa del sepulturero, deshizo más de una corona al tratar de llenar su función municipal.

¡Y qué bueno es vivir en un pueblo donde hay carruajes de todas clases y de todos precios empresarios de diligencias, de ómnibus y de coches fúnebres; de coches fúnebres, sobre todo para casados, para solteros, para viejos y para niños!

¡Qué gran ventaja poder llevar un buen acompañamiento y-que hasta

los caballos y los vehículos se vistan de luto o se adornen con penachos blancos! ¡Cómo retrata esto los sentimientos humanos ! ¡ Un llamador con tules negros, un cuadro de Mesfitófeles cubierto de marino, una vela de estearina con corbata oscura, y hasta las teteras con capuchón de duelo, con la expresión más seria del pesar por la pérdida de un deudo!

Las teteras principalmente, ¡ qué té tan amargo hacen cuando están de luto! Y si ustedes vieran con qué desgano comen su limosna de pasto averiado los caballos de las cocherías cuando vuelven del cementerio, comprenderían la aflicción que los oprime y se explicarían el aspecto dolorido que ofrecen cuando cojean su trote de alquiler, balanceando sus penachos por las calles y caminando sin ojos delante de un catafalco con ruedas.

Y los cocheros sentimentales de los acompañamientos, que han aprendido a afligirse por el fallecimiento de todos los desconocidos, o por la tarea monótona de transportarlos por el mismo camino y con el mismo paso, ¡qué pesar insólito manifiestan en sus sombreros abollados y sus guantes de algodón, mientras metodizan su marcha, gestionando la última cuenta de su patrón, tras del deudor que llevan a enterrar, junto con las coronas de siempre vivas marcadas con una calumnia de terciopelo negro que dice

"¡Eterno recuerdo!"

Tini, ¿ dónde estás? Cuando corre una estrella por los cielos y cae para hundirse en los mares, ¿tú viajas en ella? Cuando las hojas de los árboles de tu casa hablan en voz baja con el viento, ¿dicen algo de ti? Cuando mi corazón se oprime al ver un niño rubio como tú, ¿es tu mano pequeña la que me lo aprieta desde el otro mundo? Cuando se evaporan las lágrimas que tu muerte ha hecho derramar sobre la tierra, ¿el pesar que disuelven llega hasta ti? ¿Dónde estás, dime? ¿Habré de morirte para verte?

¡Pobre Tini! Las flores de su cajón se han secado hace tiempo, las letras de su nombre se han carcomido, todo está viejo a su lado, pero el sepulcro que tiene en el seno materno se conserva nuevo y perfumado.

Su pelo está en muchos relicarios, su ropa está guardada cuidadosamente y uno de sus botincitos extraviado que ha sido descubierto en una cómoda antigua, un año después de no haber ya tal Tini sobre la tierra, ha producido una escena conmovedora y dolorosa; la imaginación de la madre lo ha llenado con el pie de Tini, y la niñera asegura que, al ver esa reliquia, ha visto al mismo Tini con el botín amoldado, duro y torcido, mostrando su dedo rosado por el agujero de la punta.

Sus juguetes yacen escondidos; el polichinela se ha quedado en el fondo de un mueble con los brazos tiesos y los platillos levantados; el tambor y los soldados están rotos ¡ y ya ningún niño jugará con ellos!

LA SANTA ROSA EN EL RIO DE LA PLATA

Desde que comienza el mes de agosto no se oye en el muelle y en las fondas y tabernas del bajo en Buenos Aires, hablar de personaje alguno del almanaque que no sea Santa Rosa. Los que no están en el secreto, sospecharían que se trata de alguna fiesta religiosa a no ser la categoría de los comensales, su profesión y los juramentos católicos, aunque prohibidos por la iglesia, que a modo de adjetivos acompañan el nombre de la santa, al salir de boca de tanto marinero sin nacionalidad o con todas las nacionalidades juntas. Pero como no hay uno solo de los habitantes de esta ciudad que no esté en el secreto, semejante sospecha no tiene lugar, aun cuando se prescindiera de los mencionados adjetivos y otros vocablos, en atención a la cultura poco académica de los que los profieren.

El nombre de Santa Rosa ha perdido entre nosotros su significación celestial, adquiriendo esta otra más mundana: ¡tempestad!, que traducida a todos los idiomas quiere decir buques perdidos, hombres ahogados, cargamentos averiados, espectáculos horribles y todos los males marítimos imaginables.

En el año 1878, Santa Rosa había pasado sin dar motivo a que se le prodigarán los dicterios habituales, los que no por eso fueron menos abundantes ni menos enérgicos.

La población de la costa se había quedado desencantada y sus preparativos para comentar los siniestros acaecidos, sin aplicación.

Muchos marineros se volvieron locos de puro desorientados y algunas fondas fueron cerradas por inasistencia de los comentadores anuales.

Pero llegó el 10 de octubre y la santa que, por razones de familia, había postergado la celebración de su aniversario, sin prevenir a sus admiradores desencadenó sus vientos sobre las aguas dormidas, tomándolas de sorpresa.

Ni un juramento ni una maldición ni una frase náutica turbulenta precedió al trastorno. Los marineros se ahogaron y los buques se hundieron sin insultar por esta vez a la corte celestial.

El día había cerrado sus puertas sin ruido, la noche vino en puntas de pies y una nube viuda, viajera del sudeste, corrió despavorida por los cielos derramando su lluvia sobre el río, como si fuera su difunto esposo. Las aguas comenzaron a moverse y sus olas a corretear por la superficie, rezongando por el mal tiempo. El cielo parecía de prisa; el viento se lo llevaba indudablemente hacia el noroeste.

Los grupos de sombras avanzaban hacia el cenit y corrían presurosos a ganar las fronteras del horizonte.

¡Terrible noche! El huracán silbaba en los mástiles de los buques y

entonaba preludios de muerte en los cables tendidos. Las olas trepaban a la borda de los más altos navíos y asomaban su cabeza crespa y espumosa para mirar con curiosidad si los camarotes estaban ocupados por sus víctimas.

Las ráfagas sofrenaban los cascos produciendo un ruido espantoso de cadenas. La madera crujía, se retorcía, se quebraba. Las amarras gemían como los miembros de los herejes estirados en la tortura. Las anclas arañaban el fondo del río sin poder agarrarse y eran arrastradas por la embarcación que debían asegurar. Los buques se atropellaban como combatientes con los ojos vendados; se precipitaban, se levantaban, se balanceaban, pero corrían sin descanso como arrebatados por las furias.

¡El viento silbaba en los mástiles y entonaba preludios de muerte en los cables tendidos!

Los murmullos de la voz humana se perdían en el fragor de la tempestad. Mirando de lejos se veía a la luz de los relámpagos abandonar la cubierta de los miseros marineros para hundirse en las aguas como sumisas obedientes a la fuerza que los empujaba. Después, los fuegos apagados ocultaban las patéticas escenas de que cada embarcación era el teatro. Los buques se habían dado cita en la costa y corrían afanosos a estrellarse en ella.

La noche continuó llena de ruidos siniestros que se perdían en el insondable abismo por falta de oídos que los escucharan.

Al otro día los cascos, los palos, los mascarones de proa, con sus caras grotescas y su expresión estática, se acercaban y se retiraban, después de chocar en las toscas, con aquel juego incomprensible y estúpido de los cuerpos flotantes. Las mercaderías desembarcadas por su cuenta, y sin pagar derechos de aduana, descansaban de sus fatigas en la costa; se dejaban revolver por los curiosos, con la indiferencia propia de los objetos sin valor. Alguna madre desavenida con la fortuna se felicitaba en sus adentros, de ver tanto género mojado, que debía venderse barato, y los almaceneros del Paseo de Julio, gente toda sin conciencia, habían hecho ya el cálculo del líquido producto de tanto comestible averiado.

Las escenas de avaricia eran sin embargo perturbadas por la presencia de algún cadáver, que serio y magullado, reflexionaba boca arriba acerca del paradero de su equipaje y de su vida.

¡Gran laberinto entre los pescados y las lavanderas de la playa!

Más tarde, ¡ la nómina de los buques perdidos y algunos otros detalles en los diarios!

¡Toda la población de la costa ha jurado que no caerá en la trampa el año que viene, y que renegará en alta voz contra Santa Rosa desde el primer día de agosto hasta el treinta de octubre, para que la santa no se acostumbre a estas trasposiciones!...

FRAGMENTO CRIOLLO

Sola, viento de furia, en su cabeza abatida, mana tu música traída de los confines del mundo, sus ecos recogidos en los bosques lejanos o en, las montañas nevadas y solitarias donde huyen las gamas espantadas cuando tú te quiebras en los desfiladeros y reniegas de tu suerte que te obliga a viajar eternamente, sufriendo el frío y el sol y la lluvia en tu tránsito por los hemisferios.

Sopla, viento de furia, sobre la cruz de las cúpulas o sobre las veletas de los edificios que gimen gritando a mis oídos en la noche callada, todos los tonos del sentimiento que me domina.

Arrebata en tus alas mi pensamiento y mi amor y llévalos hacia su lecho donde suspira inquieta y devorada por los celos; dile que la quiero, que te oiga y cambie tu ímpetu al mezclarle con su aliento, en brisa tibia y suave que derrame la dicha en su camino. Vuela, viento del polo, del ecuador o de los desiertos inexplorados y roba tu humedad de las flores, en cuyas hojas coagula su llanto la atmósfera en lágrimas de rocío. Pasa, viento de las pasiones, arrastrando las inquietudes de la vida, y deja mi corazón y mi espíritu sereno como los altos cielos que te miran pasar.

VIDA MODERNA

Río IV, &.,&.

Mi querido amigo

Por fin me encuentro solo con mi sirviente

y la cocinera, una señora cuadrada de este pueblo, muy entendida en política y en pasteles criollos.

Ocupo una casa vacía que tiene ocho habitaciones, un gran patio enladrillado y un fondo con árboles y con barro. Tengo dos caballos de montar y uno de tiro. Mi dotación de amigos es reducida; total: dos viejos maldicientes. He traído libros y paso mi vida leyendo, paseando, comiendo y durmiendo. Esto sí solo constituye una buena parte de la felicidad; el complemento - ¡quién lo creyera! - se encuentra también a mi alcance, aquí, en este pueblo solitario y en esta casa medio arruinada y desierta.

¡Soy completamente feliz! Básteme decirte que nadie me invita a nada, que no hay banquetes ni óperas ni bailes y, lo que parece mitológico en materia de suerte, no tengo ni un bronce ni un mármol ni un cuadro antiguo ni moderno; no tengo vajilla ni cubiertos especiales para pescado, para espárragos, para ostras, para ensalada y para

postres; ni centros de mesa que me impida ver a los de enfrente ; ni vasos de diferentes colores; ni sala ni antesala ni escritorio ni alcoba ni cuarto de espera; todo es todo. Duermo y como en cualquier parte. El caballo de montar entra a saciar su sed al cuarto de baño, en la tina, antes que yo me bañe, con recomendación especial de no beber de a poquitos, ni dejar gotear en la bañera el sobrante del agua que le queda en el hocico.

Recuerdo que cuando era niño conocí un señor viejo, hombre importante, acomodado, instruido y muy culto. Pues el viejo no tenía en su cuarto de recibo sino seis sillas, una mesa grande con pies torneados, gruesos y groseros, cubierta con una colcha usada, sobre la que estaba el tintero de plomo con tres agujeros en que permanecían a pique tres plumas de pato o ganso. Había además papeles, libros, tabaqueras, anteojos y naipes. De noche se reunían allí los hombres más notables del pueblo : el cura, el corregidor, el juez de letras, el tendero y otros ilustres habitantes. Allí se hablaba de la política, de la patria, de la moral y de filosofía, tópicos que ya no se usan. Concluida la tertulia el viejo se retiraba a su dormitorio en el que no había sino una cama pobre, una mesita ética, una silla de baqueta, un candelero de bronce con vela de sebo, una percha inclinada como la torre de Pisa, que se ladeaba más cuando colgaban en ella la capa de su dueño y, por todo adorno en las paredes, una imagen de San Roque, abogado de los perros.

A pesar de esta ausencia de mobiliario que escandalizaría hoy al más pobre estudiante, el viejo era muy considerado, muy respetado y vivía muy feliz ; nada le faltaba.

¡Dime ahora lo que sería de cualquiera de nuestros contemporáneos en tal desnudez! Cuando me doy cuenta de lo estúpido que somos, me da gana de matarme.

Por eso me gusta el poeta Guido Spano.

La semana pasada lo encuentro en la calle y le digo:

-¿Cómo le va? Tanto tiempo que no lo veo; ¿usted habrá hecho también negocios !

-No - me contestó -, soy el hombre más feliz de la tierra; me sobra casa, me sobra cama, me sobra ropa, me sobra comida y me sobra tiempo; ¡no tengo reloj y no se me importa un comino de las horas !;

Con tamaña filosofía ¡ cómo no había de estar ese hombre contento

En una ocasión me acuerdo haberlo visto en cama enfermo de reumatismo y tocando la flauta con un pequeño atril y un papel de música por delante. Nunca he sentido mayor envidia por el carácter de hombre alguno.

A mí también, aquí en Río IV, me sobra todo, pero no tengo flauta, ni atril, ni sé música.

¿Sabes por qué me he venido? Por huir de mi casa donde no podía dar un paso sin romperme la crisma contra algún objeto de arte. La sala

parecía un bazar, la antesala ídem, el escritorio, ¡no se diga!, el dormitorio o los veinte dormitorios, la despensa, los pasadizos y hasta la cocina estaban repletos de cuanto Dios crió. No había número de sirvientes que diera abasto. La luz no entraba en las piezas por causa de las cortinas; yo no podía sentarme en un sillón sin hundirme hasta el pescuezo en los elásticos; el aire no circulaba por culpa de los biombos, de las estatuas, de los jarrones y de la grandísima madre que los dio a luz. No podía comer; la comida duraba dos horas porque el sirviente no dejaba usar los cubiertos que tenía a la mano, sino los especiales para cada plato. Aquí como aceitunas con cuchara, porque me da la gana, y nadie me dice nada ni me creo deshonrado.

Mira, ¡no sabes la delicia que es vivir sin bronces! No te puedes imaginar cómo los aborrezco. Me han amargado la vida y me han hecho tomarle odio. Cuando era pobre, admiraba a Gladstone; me extasiaba ante la Venus de Milo; me entusiasmara por Apolo y me pasaba las horas mirando el cuadro de la Virgen de la Silla.

Ahora no puedo pensar en tales personajes sin encolerizarme. ¡Cómo no! Casi me saqué un ojo una noche que entré a oscuras a mi escritorio, contra el busto de Gladstone. Otro día la Venus de Milo me hizo un moretón que todavía me duele; me alegré de que tuviera el brazo roto. Después, por impedir que se cayera la Mascota, me disloqué un dedo en la silla de Napoleón en Santa Elena, un bronce pesadísimo, y casi me caí enredado en un tapiz del Japón.

Luego, todos los días tenía disgustos con los sirvientes.

Cada día había alguna escena entre ellos y los adornos de la casa.

-Señora - decía la mucama -, Francisco le ha roto un dedo a Fidias.

-¿Cómo ha hecho usted eso, Francisco? -Señora; si ese Fidias es muy malo de sacudir.

Otra vez dejaba Fidias de ser maltratado y aparecía el busto de Praxíteles sin nariz. Francisco se la había echado abajo de un plumerazo; o bien le tocaba el turno a Mercurio, que se quedaba cojo de algún porrazo. Ya sabes que Mercurio tiene un pie en el aire.

Bismarck, el rey Guillermo y Moltke, en barro pintado, se han escapado hasta ahora casi ilesos, gracias a que su pequeña estatura les permite esconderse tras del reloj de la sala. Pero un gran elefante de porcelana cargado de una torre, pierde cada ocho días la trompa que le vuelven a pegar con goma.

Otro día, se le ocurre al mismo Francisco limpiar con kerosene el cuadro del Descendimiento.

En fin, he pasado estos últimos años en cuidar jarrones, cortinas, cuadros, relojes, candelabros, arañas, bronces y mármoles, y en echar gallegos a la calle con plumero y todo para que vayan a romperle las narices a su abuela.

No te puedes imaginar los tormentos que he sufrido con mis objetos de arte; bástame decirte que muchas veces al volver a mi casa he

deseado, en el fondo de mi alma, encontrarla quemada y hallar fundidos en un solo lingote a Cavour, a la casta Susana, al Papa Pío nono, a madama Recamier y otros bronces notables de mi terrible colección.

¿Y las flores, las macetas, los ramos, los árboles enteros que mandan a casa y que la señora coloca en mi estudio como si tal cosa? El patio es un bosque; creo que hay en él toda la flora y fauna argentinas: leones, tigres y millones de sabandijas. Los cactus no me dejan ir a mi cuarto, me enredo en los helechos y unos malditos arbustos que hay con puntas y que están ahora de moda, tienen obstruida la puerta del comedor al cual no se puede entrar sin careta, a menos de exponerse a perder un ojo. Ya estuve a punto de quedarme tuerzo, a causa de un *alisum espinosum*.

-Mire, Juan -le dije al portero-: al primero que venga aquí con árboles, con bronces o con vasijas de loza, pégueme un balazo. Ya no hay donde poner nada. Para pasar de una pieza a otra es necesario volar. Uno de mis amigos, muy aficionado a los adornos, ha tenido que alquilar una barraca para depositar sus estatuas y sus cuadros. Yo tengo una estatua de la caridad que es el terror de cuantos me visitan; no sé qué arte tiene para hacer que tropiecen con ella. En casa de otro amigo se perdió hace poco una criatura que había ido con su mamá. Cuando ésta quiso retirarse se buscó al niño en todas partes sin hallarlo; al fin se oyó un llanto lastimero que parecía venir del techo y voces que decían: ¡aquí estoy! ¡aquí estoy! El pobre niño se había metido en un rincón del que no podía salir porque le cerraban el paso un chifonier, dos biombos, una ánfora de no sé dónde, los doce Pares de Francia, ocho caballeros cruzados, un camello y Demóstenes de tamaño natural, en zinc bronceado.

¡Vaya usted a limpiar una casa así! Lo primero que se me ocurre al entrar a un salón moderno es pensar en un buen remate o en un terremoto que simplifique la vida.

Tengo intención de pasar aquí una temporada, y estaría del todo contento si no fuera la espantosa expectativa de volver a mi bazar. Algunas noches sueño con mis estatuas y creo que, sabiendo ellas el odio que les tengo, me pagan en la misma moneda y me atacan en mi cama. Hasta he pensado alguna vez en fingirme loco y arrojar a la calle por la ventana los bustos de los hombres más célebres, los cuadros, las macetas, las arañas y los espejos. En fin, tengo un consuelo: no ocurre casamiento, cumpleaños o bautismo en casa de amigos, que no me proporcione el placer de soltarle al beneficiado algún león de alabastro, un oso de bronce o los gladiadores de hierro antiguo. ¡A incomodar a otra parte y allá se las avenga el novio, el bautizado o el que festeja un aniversario!

Excuso decirte que cuando un sirviente torpe echa abajo un armario lleno de loza y cristales, no quepo en mí de contento.

Escribeme pronto y no te olvides de comunicarme en el acto, si por acaso quiebra la casa de Lacoste o la de algún otro bandolero de su

estirpe.

Te recomiendo, además, que si puedes hacerme robar durante mi ausencia algunos pedestales con sus correspondientes bustos, varios cuadros y todos los muebles de mi escritorio, no dejes de hacerlo.

Sobre todo, por favor, hazme sustraer las palmeras que obstruyen los pasadizos y el alisum espinosum que está en la puerta del comedor y al cual profeso la más corrosiva ojeriza.

En el último caso puedes recurrir al incendio. ¡Te autorizo!

Tu amigo,

BALDOMERO TAPIOCA

P. D. Si el día 14 de Año me mandan tarjetas de felicitación, cartas o telegramas, toma todo ello del escritorio, haz un paquete y mándalo a Francia, dirigido al presidente Carnot, con una carta insultante, diciéndole que su nación tiene la culpa de que, a más de todas las mortificaciones criollas que soportamos, tengamos todavía que aguantar la moda francesa de las felicitaciones del año nuevo.

1888 Vale

ASÍ

El amor es un tema universal y eterno, y ningún tratado de filosofía ni de moral me prohíbe ocuparme de lo universal y de lo eterno.

Graciana tenía las manos ásperas y coloradas ; había lavado mucho en su vida, lo que no le impedía tener quince años y un corazón sensible.

Tenía, además, ojos, boca, nariz y frente, como muchas personas de su sexo; pero estas facciones y otras más en ella, se habían tomado la libertad de ser excesivamente bellas.

La oreja, por ejemplo, era inimitable, bien doblada, chica y ligeramente sonrosada.

No tenía aros, ni agujeros en qué meterlos. Estos descuidos, dignos del más justo reproche, fueron debidos a dos causas, una moral y otra física. La primera su pobreza; la segunda, el que su madrina, la única abridora de orejas que había en su pueblito, había sido atendida de una simple irritación de los párpados por un célebre oculista y naturalmente, había quedado ciega.

Añadía Graciana a sus encantos un cabello que era un tragal maduro, unas cejas arqueadas y finas, un color de luna disuelta en leche, y unos dientes tan lindos que cualquiera al mirarlos deseaba en su fuero interno ver a la niña convertida en perro y ser mordido por ella.

A lo menos, tal fue el primer cumplimiento que le dirigió Baldomero Tapioca, estudiante de medicina, ambulante.

La niña se rió de semejante ocurrencia. Era italiana.

No necesitaba ser italiana para reírse, pero ustedes comprenderán que tampoco eso era un obstáculo.

Baldomero estaba perdidamente enamorado de Graciana y de otras varias avenas; así se lo dijo un día, suprimiendo lo referente a las otras jóvenes, en lo cual obró con una prudencia sorprendente en su edad, pues solo tenía veinte años.

La proporción de edades había sido ya discutida. Arreglado este punto, no quedó pendiente sino él de la correspondencia de sentimientos, destinados a ser resuelto en otra correspondencia, la epistolar.

Y aquí me es forzoso decir, sin ofensa para nadie, que en esta última Baldomero abusó de los términos técnicos y Graciana maltrató horriblemente a la ortografía, pues jamás escribió "yo te amo" sin ponerle una h en alguna parte.

Sólo dos ejemplares poseo en mi archivo, rico en autógrafos históricos, de' las cartas cambiadas entre estos célibes, y voy a transcribirlas en beneficio de la humanidad literaria.

Baldomero a Graciana:

Angel hipertrófico, es decir, magno: la arteria coronaria de mi corazón se cierra apenas mi retina percibe los músculos risorios de tu boca, y mi tórax se siente atacado de angina pectoris. ¡ La circulación cardíaca se detiene, y turgencias espasmódicas forman protuberancias en mis órganos! Espérame a las siete post meridianum, en el anfiteatro de nuestros amores. Tuyo, como del hombre el pensamiento,

Firmado: BALDOMERO TAPIOCA

Graciana a Baldomero

¡ My Mahma thi N. do Lorde uuellhas man ! ¿Damée huna me de Zyna perro ke saya güena? Tulla,

Firmado: GRACIANA

Hay jóvenes capaces de todo en su aturdimiento, hasta de amar a una muchacha que escribe su nombre como una firma social. En ese caso estaba Baldomero, tal vez porque no buscaba la ortografía en los besos sabrosos, encantadores, frescos y con olor a violetas, de los labios de su ángel hipertrófico.

Yo confieso francamente que aun cuando hubiera sido maestro normal y profesor aburrido de gramática anestésica, en viendo a Graciana me habría arrojado a sus pies, no solo olvidando la ortografía, sino también la analogía, la sintaxis y la prosodia.

¿Qué gramática ni qué ortografía supo la fecunda Eva, joven analfabeta y robusta, cuando sedujo a su paisano Adán, mozo sin vicios y soltero, prefiriéndolo nada menos que al Padre Eterno?

Y si se explica la preferencia de Eva por razones de edad, análogos incentivos debió tener nuestro padre Adán, que en paz descanse, para no detenerse en detalles pedagógicos, tratándose de una vecina guapa, tentadora y resuelta, en aquellas soledades del Paraíso terrenal.

Graciana no experimentó las dificultades de la elección entre Baldomero y el Padre Eterno, tal vez por no haberse presentado este último a solicitar sus favores.

Amó a su amigo Baldomero con una pasión italiana, sancochada, hervida, calcinada al calor de un sol americano, y el joven estudiante supo corresponderle con todo el ardor de un potro salvaje.

Los dos amantes se daban cita en los parajes más inopinados, y no hubo sección de territorio en la comarca donde no resonaran sus besos recíprocos e irreflexivos.

¡Pobre Graciana! Las altas horas de la noche la encontraban sin dormir tramitando sus impresiones, y la luz del alba, cuando entraba por las rendijas de la endeble ventana, sorprendía sus pupilas mirando al infinito a través de las paredes de su cuarto desmantelado.

Su cama sencilla, estrecha, inmaculada y dura, amanecía revuelta, tras de una noche de Insomnio en que la linda muchacha, buscando posiciones para conciliar el sueño, solo hallaba inquietudes con sus inacabables meditaciones.

Y a la hora de levantarse, cuando tomaba su alimento, al comenzar o concluir cualquier ocupación, en fin, en todos los momentos de su vida, ahí estaba el agudo y delicioso tormento de sea amor, torturándole el alma con remordimientos vagos y acariciándole el corazón con suavísimas voluptuosidades.

Con todo esto, un tinte melancólico se había extendido en su rostro: sus ojos, antes alegres, apagaban su luz para armonizar con las sombras de sus párpados cansados, y un nuevo género de belleza menos aldeana, se instalaba en sus facciones.

La familia y las vecinas comenzaron a notar estas mudanzas y la tierna apasionada sufría el tormento de mil interrogaciones diarias, sólo soportables en nombre de su talismán, su grande, noble y desinteresada locura, su abnegada y generosa entrega sin condiciones y sin esperanzas de futuras legitimidades.

En su delirio, los ensueños de su fantasía la transportaban a una eternidad de felicidades, en una morada celeste, donde se aspiraba el perfume del amor fragante, y donde, en medio de las melodías más inefables, se oía claro y distinto el nombre de su amante.

Porque la suave Graciana, triste es decirlo, había llegado a imaginarse que la palabra Baldomero era poética y melodiosa.

La música, en lugar de calderones, semicorcheas, fosas y bemoles, solo contenía para ella Baldomeros; la pintura, la escultura y las letras solo ofrecían cuadros, estatuas o poemas perfectos, cuando tomaban por héroe o por objeto algún trasunto fiel de Baldomero.

Y Baldomero, por su lado, bautizaba con el nombre de Graciana cuanta belleza soñaba o veía.

Algunos meses pasaron en estos devaneos, a los cuales pusieron término graves acontecimientos dolorosos, prosaicos y mundanos.

Una mañana entré á la sala de San Ramón, en el hospital de mujeres, y fui informado por la hermana en turno de que el número 18 había entrado la noche anterior...; todo había pasado bien, pero tenía actualmente cierto malestar...

Fui a ver al número 18 y lo encontré pálido, demacrado, inquieto. El número 18 era una muchacha muy joven, bonita a pesar de su estado, y sumamente interesante en su triste situación.

-¿Qué ;le duele, niña? -le pregunté.

-No sé - me contestó.

-¡Cómo no sé!

-¡Así !

-¿De dónde ha venido?

-Me han traído anoche.

-¿Cómo se llama?

-Graciana.

- Graciana? (¡Todos los cuadernos y libros de un compañero mío tenían escrito en cada hoja el polisilabo "Graciánç" con diferentes caligrafías, y yo sabía que él mostraba siempre su constancia amorosa escribiendo el nombre de su amada en todas partes, hasta en el recetario!)

-¿Graciana de qué? -seguí, reanudando el diálogo.

-Graciana, no más.

-¿No tiene nombre su padre?

-Así.

-¡Así! ¡Así! ¡Así! No entiendo. (¡Pero decía así con tanta gracia y con una boca tan linda y tan triste!) Bueno, pobre niña... así... veamos... ¿dónde le duele?... ¿aquí?... ¿aquí?... -le dije palpándole con toda delicadeza el vientre.

-¡Sí! ¡Ahí a la derecha, ahí!

La examiné detenidamente y después de un momento de reposo, le pregunté, tuteándola, y con intención paternal:

-Dime, Graciana,¿conoces un estudiante que se llama Baldomero?

La niña soltó un grito ahogado, se llevó las manos a la cara y se puso a llorar amargamente, como no he visto llorar a nadie.

Yo soy muy atento y me gusta armonizar con la gente; yo también me puse a llorar, pero con más método y menos ruido que ella.

-¡Vamos, no hay por qué llorar! - dije, secándome los ojos -. Te voy a dar ahora un medicamento y vas a tratar de no afligirte.

¡Qué desagradable es tomar cariño a un enfermo de hospital! Allí la

democracia es absoluta, no hay preferencia ni distinciones, y el afecto, por lo tanto, no encuentra formas legítimas para manifestarse.

La verdad es que yo sentía un interés indudable por el número 18 y que su estado me inquietaba sobremanera. No podía quedarme mucho tiempo a su lado porque no era prudente; pero me quedaba siempre lo bastante para irme intoxicando lentamente con su belleza y con el excitante de su pequeño romance. Ella también era cariñosa conmigo, por gratitud, creo. Me miraba más tiempo que el necesario a cada pregunta, y cuando me daba su mano para dejarse tomar el pulso, era con cierto abandono confiado, como quien no duda de una tierna acogida.

-Graciana - le dije un día -,hace mucho tiempo que no lo ves?

(Imprudente, dirá el lector. No, por cierto; solo quería procurarle el medio, al provocar su confianza, de frotar suavemente la herida de su alma, lo que es siempre un alivio).

-Dos meses - me contestó.

-¿Y por qué no lo has visto en dos meses?

-Así...

-¡Él no te ha buscado?

-¡Sí, que me ha buscado!

.-Y entonces, ¿por qué has dejado de verlo?... ¿no quisiste tú o no podías?...

-Así... -dijo, y ¡vuelta a llorar!

Yo tenía que llenar esos así, tan conceptuosos para ella, con mi sola fantasía, y no pudiendo adelantar gran cosa con mis exámenes, me retiraba desolado, atormentado, tristísimo.

Entre tanto el número 18 seguía muy mal. Todas las prescripciones del médico eran impotentes, todos mis cuidados inútiles.

A los ocho días de su entrada al hospital, la desgraciada joven murió víctima de una infección.

Cuando la vi muerta sentí que me arrancaban algo dentro del pecho. Jamás he visto cadáver más lindo. Sus facciones afiladas por la fiebre y los sufrimientos, habían tomado una delicadeza extrahumana. Su pelo rubio, derramado sobre la almohada, era el marco de oro de su rostro inocente, tranquilo, estático, modelado en su última expresión.

El cuerpo de la pobre criatura, liviano, elegante y airoso, a pesar de la muerte, cupo en un pequeño cajón, el más fino y más blanco del depósito; yo lo elegí para ella y yo mismo la coloqué en él.

Después de clavado, escribí en la tapa con mi mejor letra: "Así..."

A los pocos días encontré a Baldomero en la calle, muy flaco, muy pálido, muy decaído. No se le había visto en clase ni en los hospitales por mucho tiempo.

-He estado enfermo - me dijo.

-No lo he sabido; pero ahora estás bien, ¿verdad

-Sí, mejor.

Nos miramos un momento con aire de recíproca interrogación. Yo

corté la escena diciéndole

-¿Tienes tu cartera? Dámela un momento.

Me la dio; saqué mi lápiz y puse en una de las hojas estas tres letras:
Así.

Él miró la palabra, levantó los ojos con asombro y encontrando en los míos no sé qué expresión, dio vuelta a la cara para ocultarme sus lágrimas.

Lo tomé del brazo y trabé con él una dolorosa conversación.

-¿Dónde está? -me dijo.

-No sé. (Me pareció cruel darle la triste noticia).

-¿Cómo sabes eso de: Así?

-Por una casualidad, ya te lo contaré. ¿Y tú no la ves?

-No la veo desde hace más de tres meses.

-Por qué?

-Porque no sé dónde se ha ido. Salió de casa de su madre, vieja perversa; se fue a casa de una amiga y después no sé dónde, sin decir

nada. Desde los primeros meses... ¿sabes?... me había tomado un odio mortal, no me podía sufrir; en vano hacia todo yo por contentarla. Me huía como al peor enemigo; creo que estaba histérica. Por fin se fue; yo me enfermé de pena, te lo juro, porque la quería y la, quiero con toda mi alma; estaba dispuesto a casarme con ella, a pesar de la familia y de todo...

-Bien, bien, tienes tiempo para casarte; ¿y querrás mucho a tu hijo?

-¿A mi hijo?

-Sí, pues, a tu hijo. ¡Ya conversaremos de eso !

Desde ese día fuimos inseparables Baldomero y yo. La palabra "así" fue nuestra fórmula para todas las cuestiones : ¡ un verdadero amuleto ! Y muchos meses después, muchos, cuando su pasión se había dormido y su corazón se hallaba más sereno, le conté todo, ¡todo!

PABLO Y VIRGINIA

Acabo de leer este romance. Es bueno; voy a contároslo por si no lo conocéis.

Una joven de familia distinguida se enamora en Francia de un hombre honrado, de mediana condición, llamado La Tour. Se casa con él. Esto desagradó a la familia de la mujer. El marido, disgustado del accidente, decide ausentarse y se traslada a una isla donde existe una colonia francesa; deja allí a su mujer y se va a negociar al extranjero. Muere antes de volver a la isla, quedando su mujer con una hija no nacida aún, por toda su herencia. Esto se debió a que

en el país había abogados; es decir: se debió a que había abogados la reducción de la herencia, no el hecho de haber quedado la señora encinta.

La pobre viuda se encuentra abandonada en la isla; busca un terreno y se instala. Por lo visto, el terreno era sumamente barato en aquel paraje.

Como vecina encuentra a una señora llamada Margarita, que se hallaba en idénticas circunstancias según el autor; totalmente diferentes, según lo verá el lector.

En efecto, Mme. La Tour era de familia noble. Margarita no lo era. Mme. La Tour era casada. Margarita no lo era.

El señor La Tour era marido y de mediana condición.

El señor seductor de Margarita era amante y sin condición.

El señor La Tour se murió.

El otro señor no se murió por aquel entonces. Mme. La Tour estaba embarazada de una niña. Margarita de un niño.

El autor encuentra que todas estas circunstancias son idénticas. ¡Dios lo bendiga! Había por allí, además, un vecino viejo y dos sirvientes negros de diverso sexo. Lis ruego no creer que el viejo fuera neutro.

¿Cómo dividir el terreno de las nuevas vecinas, sin que hubiera cuestión de límites? El viejo echó a la suerte el caso, y la cara y el castillo dieron los títulos de propiedad de los terrenos.

En ellos se construyen dos cabañas separadas, pero próximas.

Margarita dio a luz un niño; le llamaron Pablo, y se plantó un árbol.

Mme. La Tour dio a luz una niña; la llamaron Virginia, y se plantó otro árbol.

Era evidente que los árboles representarían en adelante la edad de los niños, en caso de no secarse (los árboles).

Las dos mujeres vivieron en santa paz y sin murmurar dei prójimo. 1 Es necesario ir a las islas para presenciar tales fenómenos!

Los dos negros se casaron, pero la negra no dio a luz nada, razón por la cual no plantaron otro árbol.

El método de vida de estas gentes era muy sencillo : comían y se bañaban juntas, pero dormían separadas.

Iban a misa a la aldea vecina juntas, pero rezaban separadas.

El viejo las visitaba a todas juntas.

Pablo y Virginia crecieron y aprendieron a hablar; desde este último suceso se llamaron hermanos.

¡Uno se queda sorprendido de que no se hubieran dado tal nombre antes de saber hablar!

Pablo se ocupaba de los juegos y trabajos propios de su edad y de su sexo. Virginia hacía respectivamente otro tanto. ¡ He ahí un nuevo fenómeno singularísimo!

Pablo quería mucho a Virginia y ésta a Pablo. Siempre andaban juntos. ¿Por qué no andarían de preferencia con el viejo?

Había además un perro; se llamaba Fiel. i Esto es un pleonasma!

Cualquiera que tenga relaciones con un perro, sabe que es fiel, aunque no se llame tal.

Me parece inútil decir que las dos familias y el viejo eran felices. Comían, dormían, paseaban, jugaban y no pagaban contribución directa.

Nada tenían que reprocharse, ni una falta, ni un crimen, ni un pecado venial, salvo el ori

ginal. A nadie hacían daño ; ni carne comían por no matar animales, pues no se atrevían a comerlos vivos.

Tomaban leche, se alimentaban de verduras y huevos y habrían dejado a salvo estos últimos, si hubieran sospechado que de ellos salían los pollos.

Fiel, por su parte, no hacía tales distinciones y a pesar de su inmenso amor a la familia, no participaba de sus opiniones respecto al régimen alimenticio.

Un día que las dos madres habían ido a misa, llegó a las cabañas una negra esclava, flaca y hambrienta.

Pablo y Virginia le dieron de comer ¡Esto es lo que se llama ser oportunos!

En seguida la negra les contó que su ateo le pegaba y la tenía en ayunas, que ella se habla escapado y que si volvía, su verdugo la mandaría matar.

Júzquese dei horror de los hermanos al oír el verbo matar, ellos que vivían en perpetua Semana Santa por no matar una gallina.

Como tenían buen corazón, se decidieron a interceder por la negra y emprendieron.: a pie un viaje de cinco leguas con su protegida. Llegaron a la hacienda dei amo de ésta e intercedieron; el amo perdonó a la negra, pero miró a Virginia con unos ojos... ¡Ah! ¡Qué ojos!

Virginia se asustó. ¡La inocencia, naturalmente!...

Y no era que no hubiera motivo para mirar a Virginia con ojos de hacendado; la mocita tenía ya sus trece años, era redondita, blanca, graciosa, bonita y tenía un famoso desenvolvimiento de caderas en que Pablo no había fijado su atención.

Verdad es que Virginia era hermana de Pablo, y es sabido que las hermanas nunca tienen caderas.

Pablo y Virginia se retiraron a su cabaña y se perdieron en el camino, a causa del susto que llevaba la jovencita.

Llegaron a un río.

-Yo no paso - dijo Virginia.

Pablo la cargó a babucha y pasaron. A pesar del gusto que tuvo Pablo, llegó cansado a la otra orilla. l Es que los sentimientos tienen su limite!

Continuaron su camino con los pies lastimados y sin esperanzas de llegar. La noche avanzaba; los hermanos temblaban de miedo y se pusieron a gritar; el único que les respondió fue el eco que, como se sabe, repite las últimas sílabas.

- ¡ Socorro! - decía Pablo. -Corro - decía el eco.
- Bendito sea Dios - gritaba inoportunamente Virginia.
- Adiós - repetía el eco burlón.
- Vengan pronto - exclamaba Pablo.
- Tonto - contestaba el eco, permitiéndose cambiar una letra.

De repente los perdidos oyeron un ladrido: era el de Fiel. "Ahí está el negro", dijo Pablo, aun cuando el negro no sabía ladrar, y bien pronto se encontraron reunidos con el sirviente.

-y Cómo nos has encontrado? - le preguntaron.

-Vaya - les contestó el negro -, hice oler vuestras ropas a Fiel y me ha entendido como si fuera un hombre.

Fiel afirmaba con la cola que era cierto.

-Los he buscado como si fueran agujas - añadió el negro --. Piel ha seguido la pista

y me ha conducido hasta la hacienda a donde fueron a pedir merced para la negra; allí he visto a la pobre en la tortura. ¡ Buen modo de perdonar había tenido el patrón!

Virginia sospechó que no era bastante un viaje de cinco leguas para dominar las pasiones de un hacendado:

Domingo, así se llamaba el negro, hizo fuego, preparó la cena y estaban en lo mejor de ella los viajeros, cuando vieron un grupo de negros que avanzaba : eran paisanos de la esclava castigada y reconociendo a sus protectores, quisieron premiarlos llevándolos en angarillas hasta las cabañas donde las madres los esperaban desoladas.

La vida de estas familias, evangélicamente inocentes, siguió deslizándose por la senda de la felicidad. Desgraciadamente, eso no duró mucho.

Virginia cambió de carácter: andaba triste, soñadora y se ruborizaba al ver a Pablo. Este no comprendía una palabra del asunto; solamente infería que su hermana no lo quería tanto, pues no se dejaba abrazar ni besar como antes.

La madre de Virginia se dio a pensar, por aquella época, en que convenía separar a su hija de Pablo y habló a éste de un viaje a la India.

-Yo no voy a la India - respondió Pablo.

-Está bien, joven obediente - repuso Mme. La Tour -, no vayas.

Virginia continuaba soñando y haciendo rarezas. Una carta de Francia llegó a manos de Mme. La Tour: era de una tía de Virginia, rica como Crespo y mala como una avispa. En la carta pedía que le mandaran a Virginia.

La noticia se esparció por la isla y el gobernador y demás habitantes tomaron cartas en el juego.

Para Virginia se establecía este dilema : dejo a Pablo y tengo fortuna, o no tengo fortuna y no dejo a Pablo. Ella se inclinaba a lo último, pero las madres, los vecinos y el gobernador, opinaban por lo primero.

Pablo se desolaba, mas nadie le hacía caso.

En fin, tras de mil vacilaciones, embarcaron a Virginia, sin que lo supiera Pablo, quien renegó mucho, lloró mucho y se pasó tres días mirando al mar.

En Francia, la tía metió a la sobrina en un convento y la quiso casar con un viejo rico. Virginia se negó a ello y llevó durante su permanencia, una vida de perros.

En la isla no lo pasaban mejor. Pablo estaba sorprendentemente flaco y no cuidaba el jardín. No habían recibido noticias directas de Virginia, pero esto no les sorprendía porque la joven no sabía escribir. Un día, por fin recibieron una carta de su puño y letra; i cómo supieron que era de su puño y letra?... ¡Ah!... ¡En las islas!

Pablo se puso a aprender a escribir para contestarla, y al fin de seis meses envió .a su hermana nominal una plana de curiosos detalles y cuyos últimos renglones contenían repetida cien veces la palabra ven.

La tía, cansada de la obstinación de su sobrina, se decidió a devolverla a su patria y la embarcó en un mal buque, eligiendo la estación de las tormentas.

El buque llegó a la isla, pero al acercarse a la costa, se desencadenó sobre él un horrible huracán.

Pablo, el viejo, los negros, Fiel, el gobernador y todos los vecinos hábiles para desempeñar el cargo de municipales, acudieron a la orilla del mar a presenciar el espectáculo y ver si podían servir de algo.

La tormenta era preciosa y digna de aquellas costas providenciales. El poder del Supremo Hacedor se mostraba allí en todo su apogeo.

Dios, que permite a los fabricantes construir buques, manda a las tempestades destruirlos. ¡Esto es de una lógica admirable y los humanos deben estar muy contentos de recibir lecciones tan provechosas!

La tempestad continuaba arreciando; las maderas del navío crujían, los cables se rompían y la popa y la proa se sumergían alternativamente en la onda salada.

Los tripulantes y pasajeros se arrojaban al mar, las olas barrían la cubierta y a poco andar no quedaban en ella sino dos personas: un hombre de talla gigantesca y una joven de alma colosal. La joven era Virginia, el gigante no tenía nombre.

El gigante innominado rogaba a la joven Virginia que se dejara salvar; ésta si oponía, a semejante pretensión por razones de pudor, pues era necesario desnudarse para echarse al mar y eso no entraba en sus costumbres.

Tan edificante coloquio se oía desde la costa a pesar de la distancia y de la tormenta.

-Desnúdese -le gritaban de tierra.

-Pu de danger - respondía la joven, que en su permanencia en el colegio había hecho recopilación de las expresiones más puras del idioma francés.

-¡Desnúdese! - le repetían los de la costa.

-Il ne manque plus que ça - respondía Virginia.
-¡Desnúdese! ¡ Desnúdese! - continuaban las voces.
- J' ai bien autre chose a faire! - respondía la joven.
-¡Desnúdese, por la virgen santísima! -vociferaban sus amigos.
-¡Ah! mais, non. ¡Par exemple! - contestaba la dócil y tierna doncella.

Cansado de rogar el gigante se echó al agua el mar creció al recibir tamaño cuerpo.

Pablo, desesperado, trató de llegar a nado al buque, pero lo único que consiguió fue pelarse las rodillas y las narices contra las rocas.

Un momento después Virginia y su pudor desaparecieron de sobre cubierta.

¿Y Pablo? Fue sacado del mar, medio muerto y echando sangre por los oídos, por la boca 'y por cuanto conducto tenía.

¿Y Virginia? Yacía más linda que nunca y enteramente muerta sobre las arenas de la playa.

Los isleños la recogieron y al otro día la enterraron.

Al entierro asistieron todos los habitantes de la isla, inclusive el gobernador y los soldados, que hicieron a su cadáver (al dé Virginia) honores fúnebres, como si se tratara del cuerpo de un coronel.

Las jóvenes de la isla querían que las enterraran vivas con el cadáver de la virtuosa doncella.

El gobernador se opuso a esto, fundándose en que muchas habían perdido lo que perdió a Virginia.

Así, pues, lo único que se enterró con los restos de la virginal empecinada fue su castidad y algunas flores igualmente inocentes.

Aquí debía concluir la novela, pero no concluye.

Pablo fue debidamente atendido, pero quedó mudo y bastante atontado. ¡Juzgue el lector cuál sería la situación de Pablo con esta nueva dosis de estupor que le sobrevino!

Inútil es decir que las madres, los negros, el viejo y. Fiel fueron desagradablemente impresionados por tales sucesos.

Pongo en conocimiento del lector que el viejo tantas vacas nombrado en esta lamentable historia, solo figura en ella por hallarse presente. Jamás ha hecho cosa alguna que yo pueda narrar, ¡pero el autor lo encuentra indispensable para el desarrollo del drama!

Margarita murió poco después.

Pablo, seguido del viejo, anduvo vagando mucho tiempo y recobró temporalmente el habla. Dos o tres veces dijo: "¡Virginia! ¡Virginia!", con todas sus letras, y se volvió a quedar mudo.

El viejo lo llevó al mercado (devuelvo al viejo su crédito puesto en duda en un párrafo anterior, en presencia de esta noble acción), lo llevó para ver si el movimiento de aquel centro comercial lo distraía; pero nada. Más bien las penas del joven aumentaron al ver terneros, pollos y pescados muertos.

Por fin, él también murió y tuvo el gusto (dice el autor), de ser

enterrado junto a su novia.

La madre de Pablo murió a su tiempo y Fiel no quiso ser menos.

Los negros tardaron más en verificar esa operación, pero tuvieron, por último, que decidirse a imitar a sus amos y al perro.

En cuanto a la tía, se supo en la isla que había pagado caras sus maldades : murió loca en un manicomio.

Lo único que quedó en la isla, como rastro de la existencia de aquellas familias, fue la ruina de sus habitaciones y algunas aves domésticas viejas, que, al verse abandonadas, se volvieron salvajes y carnívoras : gallina hubo que se convirtió en una verdadera pantera.

El viejo, empecinado en vivir, quedó también para contar esta triste historia.

Ya la ha contado mas de cien veces (le redevuelvo su reputación de personaje importante), y todavía llora al oír su propio relato.

¡Necesario es confesar que hay naturalezas muy sensibles!

TIEMPO PERDIDO

IGNACIO PIROVANO

Allá por el año de 1860, todas las viejas de uno de los barrios más poblados de esta ciudad dormían de noche, vestidas y con vela, y no salían de alía a la calle sin asomar antes la cabeza con aire preguntón y mirar arriba y abajo, como para asegurarse de que no había peligro.

A un viajero curioso que no hubiera estado en el secreto, habríale llamado sin duda la atención tamaña cautela, pero los habitantes de Buenos Aires, y particularmente los moradores de aquel barrio, sabían bien a qué atenerse en cuanto a esto y no solo no encontraban de más semejantes precauciones, sino que aplaudían la rehabilitación que se hizo por aquellos tiempos de un sinnúmero de conjuros antiguos, a causa de los acontecimientos extrañísimos que tenían lugar.

Así, no había, pues, casa de mujer medianamente beata en la que no encontrara un San Antonio patas arriba, un San Roque sin perro, una herradura colgada, el pan dado vuelta y, lo que es más aún y se tenía en aquella época por un conjuro de mucho crédito, una escoba con el mango para abajo tras de cada puerta.

Barrer de noche los cuartos que, como se sabe, es lo más atentatorio a las leyes de la brujería, era cosa de hacerse sin mirar para atrás; pero a pesar de todos estos contramaleficios, las calamidades continuaban y el

gobierno se vio obligado a bajar la contribución directa de aquel barrio, la municipalidad dejó de cobrar el impuesto de alumbrado y sereno y hasta el Papa concedió cien días de indulgencia, a todos los habitantes de la parroquia en que tales acontecimientos tenían lugar.

¿Pero quién traía en ese alborotado desorden a tan pacíficos moradores? ¿Quién había de ser? Dios me ayude para nombrarlo, pues todavía se encuentran respetables personas que no lo nombran sin santiguarse la boca. Era nada menos que un aprendiz de farmacia, el muchacho más travieso del barrio, el travieso más audaz de la ciudad y el audaz más ingenioso de la provincia.

No pasaba por la puerta de la botica en que despachaba el mencionado aprendiz, un solo hombre respetable y conocido, que no siguiera su camino llevándose pegada a la levita una cola de papel.

No entraba en la farmacia matrona presuntuosa que no saliera con bigotes de corcho quemado, pintados en su labio como por arte del diablo.

No se paraba en la esquina caballero distinguido, al cual un tarro lleno de clavos que caía como llovido hasta cierta altura, no le abollara el sombrero y, por último, no había bicho viviente que acertara a poner el pie en las inmediaciones de aquel foco de sucesos, que no llevara algún recuerdo del aprendiz de farmacia.

Inútil es decir que las hazañas de don Ignacio Pirovano, que así se llamaba el aprendiz de farmacia, habían casado a ser una leyenda popular y el mismo don Ignacio, aún más popular E que su leyenda.

Las pandillas de estudiantes de la Universidad, organizadas para comer de balde pastelitos en la plazoleta del mercado, se hacían un honor en tener como miembro consultor a don Ignacio Pirovano, y hubo una época en que podía con razón decirse de él que era el presidente nato del comité de mortificación pública.

¡Cómo pasan los años!

Coloraba el oriente el sol resplandeciente, como dice Espronceda; las nubes de zafir, de nácar y oro huían por los cielos, dejando el horizonte limpio coreo una patena, y el sol con su cara impávida introducía raudales de luz por todas las aberturas de mi estudio, calle de la Florida 230, donde recibo consultas, gratis ara los pobres por decisión mía, y gratis para los que no son pobres por decisión de ellos.

Y era una mañana del presente mes de setiembre y la hora temprana en que una señora de noventa y tanto años me había madrugado para contarme, con aquella impertinencia clásica con que cuentan las viejas sus achaques, la historia de un catarro crónico que padecía desde joven y que, para mejor comprensión, quiso narrar desde el principio, adornándola con mil detalles minuciosos, inoportunos y biográficos que se ligaban, a su modo de ver, íntimamente con su bronquitis incurable y con la guerra de la independencia.

Iba la enferma a media asta de su cuento refiriendo las alteraciones que tuvo su catarro en tiempos de Rivadavia, cuando Benito, mi sir-

viente, a quien aprovechando esta oportunidad

presento a ustedes, me entregó un folleto que acababan de traer.

La vieja suspendió su narración y alargó los ojos con aquella sublime curiosidad que conservan todas las mujeres, desde la edad de tres meses hasta la de ciento cincuenta años.

La ansiedad de mi enferma me incitó y por un rasgo de bondad casi paternal, lei en alta voz la carátula y dedicatoria del folleto, que decía así: "Facultad de medicina. La hernia "tomía. Tesis para el doctorado. Mi muy que rido Eduardo: vivimos juntos; en la fonda "de la Sonámbula nos fiaban juntos; juntos "tuvimos que repetir la inolvidable horchata de "Caneca. Quiera el cielo que en la nueva época "de mi vida, tengamos ocasión de juntarnos "muchas veces.

"Tu siempre amigo. - Ignacio Pirovano".

Ni un cañonazo a boca de jarro, ni un redoble de trueno en oreja desprevenida, ni una receta del doctor Granados, habría producido tan alarmante efecto. Apenas mis labios pronunciaron las dos palabras "Ignacio Pirovano", mi pobre enferma volvió los ojos al cielo y se halló presa de las más horribles convulsiones.

Entonces yo, con aquel talento generalizados que me caracteriza, saqué mi cartera y apunté esta prudente y científica observación, semejante a muchas de las que hacen algunos de mis colegas y no pocos autores: "Contraindicado, para las bronquitis crónicas, el nombre de don Ignacio Pirovano". Y contento de mí mismo, espero la oportunidad de comunicar este descubrimiento a la academia de ciencias médicas.

A las dos horas de este suceso vinieron a pedirme el certificado de defunción para enterrar a la señora, muerta de emoción en la flor de su edad y sin motivo, pues don Ignacio Pirovano es hoy uno de nuestros distinguidos módicos, habiendo abandonado por completo la profesión de atar tarros d lata a las colas de los perros, de enseñar insolencias a los loros y de echar fósforos en los atrios de las iglesias.

El mismo Pirovano que hace diez años ponía pica - pica debajo de la cola de las gatas, ha escrito hoy una de las tesis más notables que se haya presentado ante la Facultad y ha recibido un honroso título, después de haber cursado con un éxito envidiable todas las aulas de la escuela.

Que elogien otros sus méritos como estudiante; yo no quiero hacer cosas inútiles y no he de decir que Pirovano ha sido constantemente sobresaliente en sus estudios, porque todos lo saben. Él no necesitaba elogios; el mérito se abre paso en todas partes y, entre nosotros, si los elogios ayudan a vivir, el verdadero valor nos es del todo desconocido.

Pero la vida del hombre tiene a lo menos dos facés.

En la una, cada hombre es el cómico que tiene un carácter y representa un papel serio ante el mundo; en la otra, el hombre es consecuente con sus tendencias ,y se queda con rasaos de niño q intenciones de muchacho durante toda su vida.

Yo no paso jamás delante de un naranjero sin que una tentación irresistible me obligue a meter la mano en la canasta ; otros son perseguidos por el deseo de poner zancadillas a los que pasan. Pirovano, tan estudioso y serio como es, tan aprovechado, tan observador, no abandonará jamás esas tendencias estudiantiles que harán célebre su nombre en la historia de las jaranas escolares.

Yo sé muy bien que podía hacer sobre Pirovano un pomposo artículo en que contara sus triunfos como estudiante y sus méritos como profesor de esta descalabrada ciencia, que consiste en la aptitud de dejar creer a los otros que remediamos algún mal en la vida. Pero semejante panegírico no sirve para nada.

Entre nosotros, la Facultad de Medicina se hace la triste ilusión de que los títulos que concede y los honores que dispensa al talento y al estudio tienen algún valor. Error deplorable. Más que todos los títulos científicos y los honores facultativos, valen las hablillas mujerieles y la propagación de la fama por la lengua de los conocidos.

La Facultad nos hace médicos y nada más; pero las relaciones, las amigas de la casa, las sociedades de beneficencia y las señoras bien vistas, nos hacen especialistas en criaturas, muy hábiles para pulmonía, muy entendidos en roturas de piernas y famosos para abrir orejas a las niñas de las casas decentes.

Lo mejor que tiene todo esto es que es sin motivo y que en ello más que en ningún otro caso verifica el refrán que dice : "por haber matado un perro, me llaman el mataperros".

Para ganar el título de especialista en niños, no hay más que curar la tos que, tuvo la chica de una señora a la moda y, para ganar la fama de cirujano, basta cortarle los callos a un hombre rico y conocido. Mientras usted no haga esto, bien puede verificar maravillas en las criaturas de los corralones y practicar las operaciones más difíciles in anima viii: jamás pasará usted de ser un médico como tantos.

Pero hay también otro medio de llegar a ser notable en una ciencia; ponerse serio, vestir rígidamente, no hablar nunca, no reírse jamás y conservar constantemente el aire de la mayor solemnidad.

Y luego, ¿ para qué sirve todo ello?, para adquirir comodidades, bienes de fortuna, lujo y consideración social?

Ante todo, sería necesario probar que en ello hay un átomo siquiera de felicidad.

Cuando yo era estudiante y tenía que poner tinta en mis medias a la altura de los agujeros de mis botines; cuando tenía que pegar con hilo negro los botones de mi camisa y pagaba el lavado a mi lavandera con el tiernísimo amor que profesaba a su hija, los días se pasaban alegres y sin cuidado. Ahora, si alguna vez me encuentro descontento, es por el profundo fastidio que me causa el no necesitar de nada.

¡Qué vida tan vulgar tener todo!

El otro día entré al cuarto que ocupaba en el hospital mi inolvidable amigo Pietranera; había olor a humedad ; sobre una cama descompuesta

se encontraban varios libros abiertos; una vela de sebo estaba pegada al borde de la mesa y en una mitad de cráneo se veía un pedazo de lacre, una pinza y unos botones de puño; el papel de las paredes se estaba cayendo.

Un placer melancólico me invadió, semejante al que se tiene en presencia de todos los recuerdos, y fue con profunda tristeza que dije en mi interior: ¡ pobre de mí ! ¡ el papel de mi dormitorio está bien pegado y no tengo ni un miserable cráneo en que poner los botones de mis puños!

¡Hay días en que los espejos y las alfombras nos fastidian y deseáramos vivir en un cuarto con cuevas de ratones, olor a humedad y piso con agujeros!

Esto a lo menos suscita algunas reflexiones.

Con que si el amigo Pirovano ha de tener coches, caballos, casa y clientela, es bueno que sepa que esto no se tiene sino a costa de la felicidad y con el favor de la lengua de unas cuantas señoras distinguidas y, solo por excepción, a pesar de todo esto.

Sólo por excepción perdona esta sociedad a un médico, por más talento que tenga, que durante su juventud haya puesto colas de papel a los transeúntes y enseñado insolencias a los loros.

Pirovano es actualmente profesor de anatomía en la Facultad de medicina y ha sido farmaceútico del hospital; será, por consiguiente, un hábil operador y es y ha sido sobresaliente en química.

Esta cualidad le permitía preparar una azúcar inflamable con la cual, a la larga, tuvieron que familiarizarse todas las niñas que asistían a los bailes del club del Esqueleto.

Creo que este club es el único de su especie que ha existido en el mundo.

El club del Esqueleto fue una asociación en la cual figuraba Pirovano, en su doble calidad de miembro activo y de repostero, empleo que le fue confiado en virtud de su habilidad para fabricar vinos y licores con las tinturas y los jarabes medicinales de la botica del hospital.

Creo que fue Sydney Tamayo el fundador del club del Esqueleto. Tamayo es actualmente médico y se halla en Salta prodigando a sus paisanos los dones de su talento maravilloso.

Cuando era estudiante, tocaba la flauta con exquisito gusto y el ciego Gil, otro estudiante distinguido, lo acompañaba en el plano. El tener Tamayo una flauta y haber alquilado Gil un piano, fueron los trágicos sucesos que dieron origen a la formación del club del Esqueleto.

El propósito de esta asociación era dar bailes sin un medio y divertirse de balde, pasando gratis las horas que se hayan pasado mejor sin pagar nada en este mundo.

Tamayo, Gil y cuatro estudiantes más vivían en una sala de la calle de San Jua.

Los días en que debía haber baile, sacaban al patio las camas, se alfombraba la pieza con las frazadas de los enfermos de la sala de crónicos del hospital de hombres, se pedía sillas en la vecindad. Tamayo

robaba chocolate en Ja despensa del mismo hospital; se compraba masitas por subscripción: Pirovano hacía los cocimientos necesarios en la botica, con los que preparaba los vinos y los licores; llevaba un tarro de pastillas de quermes, con que debía obsequiarse a las señoras y, hechos todos estos preparativos, se invitaba a las niñas del barrio, que, eran, cuando manos, novias legítimas de cada uno de los estudiantes.

El doctor Larrosa, asistente infalible a esas tertulias, me ha confesado a mí que pocas veces ha estado en reuniones más amenas, a pesar del disgusto que le causaba ver trancadas las mesas y compuestas las sillas con los omóplatos y tibias de los difuntos que suministraba la sala tercera.

Aquellos bailes famosos en que jamás se cometió desorden alguno, para honor de los estudiantes, y en que se armó no poco! matrimonios; a imitación de lo que sucede en el Club del Progreso, terminaban siempre cuando Gil y Corvalán declaraban que tenían sueño y comenzaban a acercar sus catres, húmedos de rocío, a la sala de baile.

Entonces Pirovano servía la última copa de tintura de ruibarbo, que saboreaban con indecible placer las damas y caballeros de aquella fiesta.

¡Qué dulces son estos recuerdos!

El tiempo que todo lo va diseminando, mandará quizá a cada uno de nosotros a millares de leguas de distancia y los que fueron un día compañeros alegres no tendrán, como símbolo de su pasada felicidad, más que un recuerdo por esa invencible tendencia que tiene el hombre a aferrarse a cada uno de los momentos de su vida, aunque vaya siempre buscando un porvenir mejor.

¡Pero el recuerdo es una nueva vida para cada cerebro!

¿Qué diferencia hay entre la realidad de un suceso y la viva impresión por una representación ideal?

¡Soñar con claridad es, en el momento que se sueña, tan cierto para el cerebro, para el alma, como tener la realidad presente! Al fin y al cabo todas son ideas y no hay nada real para la conciencia, sino lo que es capaz de suscitar una idea.

El tiempo que está por hacer de Pirovano un personaje serio, no le hará olvidar que siendo estudiante abría una caja de ostras, se bebía el caldo de un sorbo, tragaba los mariscos en dos veces y se preparaba de este modo para comenzar su cena.

Cuando su inteligencia y su buena fortuna le abran los primeros puestos de la República y se celebre su advenimiento con espléndidos banquetes, no se olvidará de que hemos comido al fiado en la fonda de la Sonámbula y de que, cuando no llegaba nuestra felicidad a tanto, él robaba huevos, los freía en aceite de hígado de bacalao, los espolvoreaba con pimienta cubeba y nos los comíamos salándolos con ioduro de potasio. Tampoco se olvidará que los tales huevos, preparados de este modo, eran riquísimos.

Los postres más exquisitos no le parecerán mejores que el jarabe de genciana con que terminaba sus cenas en el hospital, ni los más

generosos vinos le harán el delicioso efecto que le hizo el día de su santo la copa de tintura de jalapa compuesta que tomó, a falta de vino priorato, antes de encender un cilindro de esponja preparada, que se fumó en seguida, en sustitución de un habano y por si alguna vez tenía que curarse de coto.

Episodios son éstos característicos en la vida de un hombre y que no pueden olvidarse jamás.

Pirovano tiene todas las cualidades físicas para el trabajo y todas las aptitudes intelectuales para ser un médico notable. Es bondadoso de carácter, reservado, meditador y pacienzudo; parece muy dúctil, aunque siempre concluye por hacer lo que le da la gana; tiene una gran facilidad para hacerse querer de sus maestros; sabe evitar que lo envidien sus discípulos y el hecho de conservar como reliquias de su carácter, ciertos rasgos de muchacho y ciertas diabluras de estudiante, que contrastan singularmente con su aspecto serio, le da una fisonomía particular y simpática.

En Buenos Aires hay una mala costumbre. Apenas aparece en la arena, pública un joven que se ha distinguido por sus estudios, todos comienzan a elogiarlo de un modo tan exagerado que el objeto del elogio mucho hará si resiste al mareo que puede producirle tanto halago a su vanidad. Es necesario tener demasiado buen juicio para no perderse oyendo elogios. Por ejemplo, yo no sé cómo Goyena, del Valle y otros jóvenes de brillante inteligencia, no se han vuelto unos pedantes insoportables al oírse llamar portentos a cada momento y propósito de todo.

La primera vez que, vea a Pirovano, he de decirle con tono solemne y levantando el dedo índice a la altura de la oreja: "No te dejes marear por los elogios ni invadir por la vanidad ; ya que tienes una buena inteligencia, piensa que nadie te puede juzgar mejor que tú mismo; trabaja y estudia y si deseas reunirme conmigo de tiempo en tiempo, para recordar con placer los episodios de nuestra vida de estudiantes, te juro que no ha de faltar por mí toda vez que crea en conciencia necesitar de tus conocimientos médicos o toda vez que a mis enfermos se les antoje costearse el lujo de una consulta, en que, con generalidad, se habla de todo menos de ellos".

Esto he de decirle a Pirovano cuando lo vea.

LA CARTA DE RECOMENDACIÓN

Hace poco se presentó en casa, el señor don Pedro Romualdo Mosqueira, que era portador de una carta de recomendación para mi.

Atendiendo a ella, pregunté a don Romualdo en qué podía serle útil.

-Me han dicho, señor - me contestó -, que usted es algo relacionado

aquí y quería que me diera una cartita para algunos de sus amigos.

-Perfectamente; den qué desearía ocuparse?

-En una empresa de diarios, por ejemplo.

-Muy bien. ¿Sabe usted leer?

-No, señor.

-Perfectamente ; tome usted asiento un instante.

Dicho y hecho, tomo la pluma y escribo:

Señor don Eduardo Dimet, director y propietario del "Nacional".

Estimado amigo:

Le presento a usted al señor don Pedro Ronualdo Mosqueira que me ha sido calurosamente recomendado por nuestro común amigo don Héctor Varela. Desea ocuparse en su imprenta y yo creo que se contentará con un módico sueldo de ocho mil pesos, si usted lo pone al frente de la administración de su establecimiento.

Saluda a usted atentamente.

N. N.

Haría de esto un mes, cuando una mañana recibo una carta que decía:

Señor don N. N.

Querido amigo:

Usted que tiene tanta relación con Dimet, hágame el favor de darle al portador de ésta don Rómulo Mezquita, una cartita de recomendación que le sirva, a lo menos, para presentarse. Este señor desea ocuparse en algún diario y, como me ha sido muy recomendado, no vacilo en pedirle a usted un servicio en favor de un extranjero necesitado.

Soy su afectísimo.

JUAN A. GOLFARINI

Quién será éste don Rómulo Mezquita, decía yo, cuando alzando la vista percibí en el patio la simpática figura de mi antiguo conocido don Pedro Romualdo Mosqueira, que en sus tribulaciones por emplearse en un diario hasta su nombre había perdido.

La cosa era sencilla. El círculo de amigos se cerraba. El hombre volvía al punto de que había partido, después de haber andado a pie por las calles de Buenos Aires doscientas setenta y cinco leguas en un mes, tras de una o más cartas de recomendación.

--¿ Cómo es esto, señor Romualdo? - exclamé abriendo tamaña boca.

-Cómo ha de ser - me contestó -: todo el mundo me ha recibido bien, pero cada cual me despedía con una carta y muchos ofrecimientos.

Como usted supondrá, llevé su carta a Dimet; Dimet me dijo que el puesto que yo pretendía estaba ocupado, pero que en el empeño de servirme, me recomendaría a Luis Varela, como lo hizo ; Varela me recomendó a Bilbao, Bilbao me recomendó a Walls, Walls me recomendó

a Cordgien, Cordgien me recomendó a Gutiérrez, Gutiérrez me recomendó a Cantilo, Cantilo a Manadla, Manadla a Ojeda, Ojeda a Choquet, Choquet a Quesada, Quesada a Balleto, Balleto a del Valle, del Valle a Goyena, Goyena a Paz, Paz a Mallo, Mallo a Golfarini y Golf arini a usted, y aquí me tiene otra vez al principio de mi carrera.

Excusado es decir que yo solemnité tan original peregrinación con toda la hilaridad de que pude disponer.

-¿Y este cambio de nombre, señor don Romualdo?

-Ese cambio de nombre, es que a fuerza de . repetir "Pedro Romualdo Mosqueira" el nombre me parecía vulgar y largo, y pensando que era más cómodo para las cartas de recomendación uno más corto, lo acorté llamándome Rómulo Mezquita.

-Pues señor don Rómulo Mezquita, conforme ha cambiado de nombre, cambie también de aspiraciones y, en lugar de buscar un empleo en diarios, acepte cualquier trabajo... de cobrador por ejemplo.

Don Pedro Romualdo Mosqueira tiene actualmente una agencia de cobranzas, vive sin lujo, pero cómodamente y solo tiene una enfermedad que amarga su vida; sufre de epilepsia cuando ve una carta de recomendación.

RECUERDOS, RECUERDOS... ENTRE LA NIEBLA

NICOLÁS AVELLANEDA

Avellaneda ha sido uno de los pocos hombres que me ha querido realmente y sin ambages ; toleraba mis incongruencias y se explicaba las faltas aparentes de lógica o de correlación en mis actos.

Yo también lo quería mucho y no podía pasar un día sin verlo.

Cuando por alguno de esos motivos míos, reales o imaginados, dejaba de visitarlo, sufría yo

con la privación que me imponía, pero experi- mentaba un secreto placer calculando que él también me extrañaba.

Don Andrés Egaña nunca pudo explicarse este vínculo entre dos personas tan diferentes en su opinión, pero como tenía que subordinarse

al juicio y a los sentimientos de su compadre, él también• concluyó por quererme, siendo correspondido por mí debidamente.

Casi todos los días iba yo a casa de Avellaneda, temprano; lo encontraba leyendo los diarios o algún libro; al verme, suspendía la lectura, y la conversación comenzaba para seguir sin alce por dos o más horas.

Era Avellaneda muy curioso y preguntón

-¿Qué le parece Mitre, qué piensa de Sarmiento, de Irigoyen, de Pellegrini, qué dice

López? ¡ Cuénteme cómo es Roca ! Tales eran sus tópicos, cuándo no hablaba de literatura, de artes o ciencias o no refería crónicas sabrosas de otros tiempos.

Yo opinaba casi siempre con sinceridad, pero algunas veces contra mis convicciones -para ver qué decía.

Y á mi vez, yo también preguntaba y oía los análisis sutiles, áticos, admirablemente expresados e intensamente profundos que salían de los labios de ese hombre cuyo talento era, como todos lo saben, extraordinario.

En nuestras revistas matinales no escapaban ni los presentes.

-Usted no sería jamás popular, mi doctor -me dijo un día.

El llamaba mi doctor á todo el mundo y como sus palabras y hasta sus entonaciones y acento peculiar tenían el don de pegarse, de transmitirse, de grabarse, y sus frases el de convertirse en refranes, sentencias o proverbios, toda una generación resultó diciendo mi doctor a diestra y siniestra, y aún continúa abusando de ese título.

--Usted no será jamás popular, mi doctor; es usted demasiado universitario y desparejo. Usted no sabe cuánto es refractaria esta sociedad a lo exótico y mal avenido con su tradicional modo de ser. Las familias tienen sus ritos, son santuarios con estatutos y formas seculares, y usted ni siquiera es sacristán. Además, usted es demasiado suelto para adaptarse a este medio sin chocar con sus entidades. Sea como todo el mundo y será bien venido, pero usted irrita las preocupaciones en su desdén manifiesto de las reglas recibidas y del culto de las convenciones que son la doctrina religiosa de cada gremio social. ¡ Cuánto me ha costado á mí hacerme homogéneo con los... y los...

amalgamarme y ganar su confianza, siendo ellos la negación de toda literatura y yo la protesta contra toda burguesía!

Cuento como una buena fortuna en mi vida haber tenido ocasión de conocer tan íntimamente al doctor Avellaneda y no hay día que no recuerde alguna de sus frases o de sus palabras.

En verdad, y lo escribo con cierta vanagloria, no sé si por mi profesión o por la llana comodidad 'de mis maneras, he podido tratar de cerca á hombres de indiscutible mérito, tomándolos en su dormitorio, en su cama, al comenzar el día y al iniciarse la acción humana, antes de toda preparación o compostura para representar la comedia externa.

Así he conocido entre los historiadores y literatos a López, a don Juan M. Gutiérrez. a Goyena y muchos otros; entre los funcionarios, a los cuatro últimos residentes: Sarmiento, Avellaneda, Roca y Juárez Celman.

Me falta Mitre, literato, poetas historiador y ex Presidente y, deploránolo de veras, creo que con ello el ilustre general ha perdido un tanto.

Hay datos biográficos que escapan al cronista extraño y que sólo el anuo o tal comensal afectuoso puede fijar.

El historiador de oficio podrá magnificar las calidades, pero tal vez no sabrá atenuar desteñir, diré, o explicar los defectos hasta convertir los en ventajas, aplicánndoles la tolerancia del cariño, tan hábil para presentar con aspectos simpáticos aun los más palmarios divorcios con las reglas aplaudidas en el mundo.

Y aquí me viene un recuerdo del infortunado Goyena, mi amigo, á pesar del abismo de ideas que nos separaba.

Resentido con Sarmiento por causas de poca monta, pero grandes a su juicio por la susceptibilidad de su carácter apasionado, dijo una vez con cierta excitación: "Yo me he de vengar de él; no he de escribir su biografía"

Aun cuando yo creyera en la eficacia del procedimiento de Goyena, no intentaría vengarme en esa forma ni en otra del general Mitre; no me ha hecho nada ni soy vengativo; pero como nadie tiene la vida asegurada, quién sabe si la duración de la mía me permitirá revelar ante este pueblo, inocente de toda perspicacia, ciertas dotes y peculiaridades del general que, a pesar de cincuenta años de comentario público sobre sus actos y sobre su persona, no han sido señaladas aún ni por sus panegiristas ni por sus detractores.

¡Pobre Avellaneda, morir tan pronto!

Yo solo he comprendido cuánto lo quería después que ha muerto como uno solo se apercibe de que tiene entrañas cuando le duelen.

¡Irreemplazable! .. es lo único que puedo decir pensando en él.

Era afable, ameno, constitucionalmente suave y tan bondadoso que, hasta cuando tenía motivos de disgusto o de queja, buscaba las frases menos hirientes para expresar su resentimiento.

Una vez le dijeron que su amigo don Andrés había tenido en un tramway cierta conversación indiscreta; y su único reproche al oír la referencia fue esta reflexión inesperada: "Para qué andará en tramway, hombre, este mi compadre Egaña".

Aun cuando parecía afectado, era sencillo y natural, sin pretensiones ni preocupaciones de raza, de edad o de posición.

Solía ir a visitarme al hospital y no desdeñaba abandonar su casa lujosa para entrar en mi cuarto húmedo, sombrío y sepulcral, can tirantes de palma amarillentos y vidrios romboidales minúsculos, engastados e forma de mosaicos entre los barrotes coloniales de mi ventana.

Y más tarde, cuando las complicaciones de la vida me obligaron a tener, a más de mi habitación oficial, una clandestina, misteriosa de puro pobre, en alguna calle sin nombre de los barrios dei sud, Avellaneda iba todavía a envidiar la independencia de mis ignoradas andanzas en las soledades de mi insignificancia social.

Entonces, muchas veces no salíamos por esos andurriales en busca de Goyena, que anidaba en una calle sin empedrado y pantanosa, y cuando lo encontrábamos, el paseo continuaba en inacabable discusión.

Avellaneda no se dejaba imponer por las ideas admitidas en la manifestación de sus preferencias y no pocos le reprochaban su falta de escrúpulo en la aplicación de sus afectos..

Sus réplicas en este caso eran inspiradas por una tolerancia caritativa, humorística y filosófica.

Al contarme en determinada ocasión la historia de un amigo suyo, de conducta poco edi- Picante, me dijo con marcada animación:

pierda usted jamás por intolerancia sus amigos, aunque sean malos. Un amigo es coro el tiempo ; el que pasa, no vuelve y siempre se echa de menos dolorosamente el tiempo perdido. Éste lo es de mi juventud, y yo lo quiero porque es bueno. Tiene sin duda una completa colección de vicios, pero por eso mismo es único en su género : silo pierdo, no sabré cómo reemplazarlo. Ahora está por casarse y ¿sabe usted la razón de su matrimonio? Óigala

-Como te casas tú, sin tener en qué caerte muerto - le digo.

-¡Qué quieres - me contesta -, no puedo malbaratar once años de visitas diarias a mi novia !

-¡Oh! sublime razón - añadió concluyendo -: ¡an plausible, tan absurda y tan humana !"

-¡Qué inteligencia tan limpia era la de Avellaneda, tan sagaz, tan extensa, tan clásica, tan honda, tan modelada, tan eficiente, y servida por un poder de expresión tan firme, tan elástico, tan hábil, tan dominante y tan hermoso!

Tenía el arte de convencer y persuadir, el supremo poder de la elocuencia, y lo usaba en sus discursos, en sus debates y sobre todo en sus conversaciones.

Era imposible resistirle. Cuando se ponía a hablar, la palabra en su boca se convertía en un ariete formidable. Y si uno se proponía no acceder a sus intentos, tenía que huirle, taparse los oídos o no dejarlo seguir.

Escuchándolo, muchas veces be pensado en que la palabra era un aparato mecánico incontestable, una batería, ¡una prensa hidráulica!

Y siempre tan gracioso y tan original para decir las cosas en la conversación familiar, y tan elevado, tan cuantioso en las altas fundas de la oratoria política o parlamentaria.

"Nada hay nuevo bajo el sol".

Es muy cierto; excepto la forma: No hay dos caras iguales en la humanidad.

"Haremos cualquier sacrificio para cumplir nuestros compromisos" es una frase honrada, urbana, bien hablada, buena vecina, digna de una aprobación municipal; un industrial serlo la diría y quedaría contento; pero es una frase vieja, usual, común, dicha mil veces en la circunstancia apropiada.

Mientras tanto esta otra, idéntica en su significado, igual en su mente y su propósito, con cuánta novedad, donaire y elocuencia sale a la escena para quedar como un estereotipo en la conciencia pública: "Economizaremos sobre nuestra hambre y nuestra sed para pagar nuestras deudas".

El don de hallar la forma casi equivale al poder de crear.

En Avellaneda había un contraste entre sus medios aparentes y sus recursos reales.

Por eso, ante el juicio vulgar, aparece. como el hombre que ha hecho más con menos elementos.

No tuvo sino su talento y su palabra y consiguió todo cuanto se propuso.

En un ministerio pobre, sin importancia administrativa, sin presupuesto y sin influencia política, se hizo Presidente.

Contra él se levantó soberbia la oposición armada, prestigiosa, formidable; él la venció.

La situación financiera del país era un desastre; él inventó, creó, hizo brotar recursos con frases y con palabras y pudo gobernar hasta su término atendiendo los compromisos de la Nación.

En la mitad de su periodo se armó de nuevo la conjuración para derrotarlo y él la disolvió, sirviéndose con suerte excepcional de un recurso que en política no engendra sino monstruos : la conciliación.

Alzóse por fin la provincia de Buenos Aires con su gobernador a la cabeza y con las riquezas de esta gran metrópoli a su servicio, y él, desplegando energías que nadie le sospechara y un valor y un carácter que todos le negaban, organizó ejércitos, libró batallas, restableció su autoridad y selló su atribulado y difícil gobierno dando su capital a la Nación.

El instrumento con el cual se hizo obra tan acabada debió ser un modelo del arte y de la ciencia y así era la cabeza de este hombre, digno, entre los pocos elegidos, de ser calificado de estadista.

EL CORONEL ESTOMPA

Allá por el año 1828, un destacamento de milicias, convertido en tropa de línea por obra y gracia del Espíritu Santo, hallabase como perdido en el desierto en los confines de la República, cuidando de los indios y evitando una que otra vez sus invasiones a los campos poblados.

El campamento se convirtió en fortín, y a su sombra, como alrededor de una iglesia, se formó una agrupación. Las personas más importantes de ese vecindario eran el cura, naturalmente, y dos caballeros, uno ya de edad proyecta que había sido comandante, hombre de consejo, erudito que así describía una batalla de Julio César como componía un acróstico con el nombre de la hija del juez de paz, en el día de su cumpleaños; muy respetado en el partido por su saber y muy popular por aquel tino que Dios le había dado para convertirse en árbitro de todas las situaciones. El otro, más joven, era un guardia nacional retirarlo que había corrido mil peripecias y conservaba en su carácter los impulsos de los siempre afortunadas, por lo cual era muy perito en asunto de acción teniendo por añadidura un buen sentido práctico.

Cuando el coronel Estompa fue nombrado jefe de la guarnición y se instaló en su campamento, sito a media legua del pueblito, las dos primeras visitas que tuvo fueron la del proyecto comandante y la del guardia nacional retirado, como que los, dos habían recomendado al ministerio el nombramiento del coronel Estompa para jefe de frontera.

Rayaba el coronel en una edad un tanto incompatible con sus bélicas y azarosas funciones, inconveniente que él salvaba en parte tándose metódicamente dos o tres años, y epa^ no pequeñas ventajas su estatura, su aplomo y su catadura, que armonizaban con su jerarquía militar. De lejos parecía un apuesto caballero: su andar era marcial, su gesto significaba energía y cierta disposición en arco de su cuerpo, en virtud de la cual la parte anterior hacía una perceptible prominencia, le daba el aspecto de un hombre decidido a llevarse todo por delante. Una nariz y unos ojos en continuo pestañeo eran los rasgos más salientes de su fisonomía. Su retrato moral no había sido hecho por nadie, tal vez por haberse considerado inútil semejante tarea o quizá por no encontrarse en el original caracteres acentuados que le diferenciaran del común de los mortales.

Tomóse al principio el coronel Estompa gran trabajo por disciplinar su tropa y -en este empeño no dejó de consultar ciertos tópicos con las dos personas mencionadas, aun cuando ellas no podían vanagloriarse de influir con eficacia en sus decisiones, pues el coronel, oído el parecer de sus consejeros, contestaba invariablemente

"Lo meditaré."

Lo meditaba y después hacía a su cabeza, según la expresión de su asistente, porque el coronel tenía un asistente y éste, a su vez, un círculo hábil para propiciarse voluntades, compuesto de compañeros que ante los ojos del coronel representaban la opinión del pueblo.

Nunca resolvía nada el coronel sin previa consulta al asistente y su círculo, y la opinión de éstos era, como se comprende, la misma del coronel, hábilmente descubierta, un tanto condimentada con algunos pedazos de la propia, merced a los cuales en las altas y graves determinaciones del superior había seguramente una parte de origen subalterno.

Así, cuando el asistente oía, tras una consulta con los personajes del pueblito, el infalible "lo meditaré", añadía mentalmente "ya arreglaré yo eso".

-No tire cañonazos, mi coronel - decía el erudito ex comandante -, porque con ellos advierte a los indios que está en guardia.

-Lo meditaré - contestaba el coronel.

-No cambie con tanta frecuencia sus oficiales - añadía el guardia nacional retirado -, no le conviene.

-Lo meditaré - repetía el coronel.

Pero como al asistente le gustaban los fogonazos y los cambios por ser su coronel muy afecto a los aparatos y a las novedades, al otro día de la conferencia había un tembladeral de cañonazos y un trasplante total en la oficialidad del cuerpo.

Con tales proceder el pueblito vivía en completa alarma; los indios advertidos por las salvas, arreaban con el ganado en los intermedios; los estancieros se quejaban, los pobladores se empobrecían y los soldados no atinaban con el objeto de semejantes ejercicios.

Pero no paraban aquí las fiestas.

De repente, durante la noche, sin el menor motivo de alarma, se tocaba llamada; a formar, a ensillar los caballos, a enganchar los cañones y en marcha hacia el desierto, sin víveres, sin agua, sin previa preparación; y después, alto, formación de un nuevo campamento en cualquier parte y, a la madrugada siguiente, otra vez sin haber dormido ni comido, a levantar carpas y cañoneo con puntería al horizonte; veinte oficiales destituidos, una compañía entera arrestada, dos sargentos condenados a muerte y ejecutados... todo ello sin saberse cómo ni por qué. Luego, toque de retirada hacia el pueblito con soldados y oficiales atados como prisioneros; y una vez llegada la tropa de su misteriosa excursión, investigaciones de los personajes: ¿pero qué hay, qué ha sucedido? No se sabía; el coronel debía tener noticias. Y vuelta a las formaciones, a los simulacros y a las destituciones.

Una noche de luna hermosísima, noche pampeana, triste, solemne con el campo dormido, alumbrado por una luz quieta y triste, en medio de la calma general, cien tambores tocan llamada. A formar; tres oficiales presos, uno de ellos condenado a muerte, en condiciones horribles, debía ser atado a la boca de un cañón y destrozado de un cañonazo. El coronel en persona dio la orden; el oficial fue amarrado. 1 Momento solemne! ¿Qué falta espantosa habrá cometido?, se preguntaban en las filas. Los personajes del pueblito y otros vecinos se presentaron en el campamento a interceder por el condenado, instruidos ya de la tragedia que se preparaba.

-Señor coronel... - comenzaron diciendo.

El coronel los interrumpió vociferando: "la disciplina, el principio de autoridad. Yo mando: ¡Sargento, fuego!..." El sargento, con la cuerda del estopin en la mano, tuvo un momento de irresolución; fijó sus ojos en los del coronel, algo vio en su mirada que lo iluminó de súbito, y

maquinalmente lanzó este grito

-¡Compañeros, el coronel está loco!

¡Fue una revelación! Los soldados se apoderaron del coronel.

Estaba loco.

AGUAS ABAJO

CÓMO ERA TUPIZA A MEDIADOS DEL SIGLO XIX

Boris existe, luego nació ; esta proposición es innegable y superior a la de Descartes : Pienso, luego existo.

La primera encierra una verdad y la segunda, la adel célebre filósofo, una petición de principio y una simple afirmación que no llega a ser razonamiento.

Boris nació en Tupiza (Bolivia),provincia del Chorolque o de Chichas, como se quiera; el día... iba a cometer la imprudencia de designarlo; felizmente un pudor natural, por cuenta de Boris, me lo ha impedido a tiempo.

No tuvo el mérito ni la culpa de entrar en el mundo por Tupiza; pero si le hubiera sido posible escoger una población para nacer en ella, habría optado por esa villa, en razón de ser ella modesta, elemental y rara.

Tenía dos calles, una de las cuales se llamaba "la calle izquierda", por contrapunto con la otra llamada "la calle derecha".

Estos nombres no eran en manera alguna justificados, siendo la calle izquierda la más derecha y pudiendo las dos cambiar de nombre según la dirección del transeúnte, pues no ha. bión números en las puertas.

LIGERA DIGRESIÓN SOBRE LAS FECHAS Y ADELANTE

"Qué me importa a mí dónde ni cuándo nació Boris", podría decir cualquiera mal criado, el público, por ejemplo, si leyera estas páginas;

pero el autor de ellas podría replicarle diciéndole : "nada le importa, convenido, como no importa a nadie su observación, pues podría usted hacer la misma a cuantos relatos, crónicas, historia, cuentos y biografías corren por el mundo".

Que la batalla del 24 de mayo haya tenido lugar el 24 de mayo y no el 24 de noviembre, para usted es lo mismo, pero no lo es para los que han hecho de esa fecha un símbolo o algo más sobre todo para los pensionistas militares por razón de sus deudos muertos ese día en acción de guerra; ¡seis meses de diferencia de pensión para una viuda inconsolable!... ¡ como quien dice nada!

Finalmente, si a usted no le importan las noticias de Tupiza, ¡ no las lea y habremos concluido ! Z Usted se piensa que yo escribo para usted? ¡Yo escribo para mí, como escriben para sí, todos los autores que procuran el bien de la humanidad !

Usted no ignora que el tiempo es continuo. Si nosotros lo dividimos en rebanadas más o menos grandes, lo hacemos por razones de economía política y doméstica, y a fin de poder consignar las fechas en un cuaderno llamado "almanaque", sin el cual la vida es imposible.

¿Qué sería de la historia, de la crónica y de la biografía sin fecha?

Prive usted de ellas a la sociedad y a los gobiernos y se queda el mundo sin registro civil, sin contribución territorial, sin ley de patentes sin fiestas patrias, sin regalos para el 26 de diciembre o el 1º de enero, sin congratulaciones ni pésames, sin vida social; en fin, sin duración prefijada para las estaciones, los solsticios y los equinoccios.

Usted no piensa en la ventaja universal de un aniversario agradable, porque olvida usted, público ilustrado y mentecato, que usted es pulpero, mercero, tendero, zapatero, sastre, joyero, mercader, en una palabra: que vende para regalos obligatorios o de cortesías, tarros de conservas, cintas, cortes de vestido, botines, ropa, relojes y cuanto a mano viene, a precios tales como para procurarle a usted una condenación a trabajos forzados por su honorabilidad comercial reconocida.

Hecho este paréntesis tan importante cómo cualquiera de los de un libro clásico bueno es saber que en Tupiza no había periódicos, ni demagogos ilustres, ni tribunos hipócritas y abnegados, ni defensores profesionales de los derechos del pueblo, nombrados por si mismos.

LO QUE EL PUEBLO CUANDO SE HACE VISIBLE

Todas estas privaciones dependían de que no había allí pueblo, propiamente hablando, sin. un reducido número de habitantes quienes,

por fortuna, ni siquiera caían en cuenta de la falta de ese monstruo explotable y dañino, sumiso y bravío al capricho de los vientos ; mezcla de hiena y de carnero, pronto a enfurecerse y a cometer, bajo el impera, de sus cóleras tiesas los crímenes más atroces, poniéndoles el rótulo de "reivindicaciones heroicas"; pues lo que tienen por pueblo lo instigadores de las multitudes, cuando tratan de encarnar en algo sus pasiones, no es el total de los habitantes de una comarca o de una ciudad, sino esa conglomeración repelente que bate ostensibles sus ancanos, apócrifamente titulados "opinión pública", por medio de la prensa o del comentario en las calles, y caracterizada realmente, por su inobleza, su perversidad, su absoluta falta de criterio sensato, sus tolerancias para los defectos, vicios y aun crímenes de algunos afortunados, generalmente mediocres, a quienes favorece y hasta idolatra, como por su desconocimiento de las calidades, virtudes y servicios de otros a quienes odia sin motivo y persigue con salvaje brutalidad.

De estos componentes de la civilización actual carecía, pues, la villa natal de Boris y por lo tanto, sus habitantes trabajaban mansamente, se divertían en las fiestas, rezaban a sus santos, enterraban sus muertos (muy pocos) y dejaban correr la vida según como venía.

INFLUENCIAS DE LAS PERCEPCIONES E IMPRESIONES SOBRE LAS IDEAS, SENTIMIENTOS Y ACTOS DE BORIS - DENME DESDICHAS - FLUYEN OTROS TÓPICOS

Boris, cuando comenzó a hablar, inventó un lenguaje para su uso particular; sin duda oía mal las sílabas y las palabras y las pronunciaba como las oía; así hacen todos los niños; pero éste abusaba realmente de su derecho alterando los vocablos de la manera más insólita.

Para decir llévenme a Tupiza, decía: "vevás a mí Popiza" ; a su mamá, que llevaba el cristiano, deplorable y excelente nombre de Visitación, la llamaba Mastototon. ¿ De dónde sacaría eso?

Es común confundir la l con la r, aun en la composición tipográfica, y se cita la voz de mando de un general español que dijo en cierto momento de alarma: "¡Sordados alas almas!"

Pero nadie como Boris ha confundido jamás la r con la d. Así, como no gustaba dar contestaciones negativas directas, por no parecerle eso bien, cuando estaba comiendo algo y uno de sus hermanos le pedía una parte contestaba: "está cdudo, está amadgo" por no_ contestar: "no

quiedo dadte". Para decir: pélenme este durazno, decía "a palá a mi agága". Agága provenía de manzana y manzana o agága llamaba él a toda fruta, como llaman papa los niños y sus cuidadores a todo alimento.

¡Quién habría sospechado que después iba a ser tan minucioso pada pdonunciad integda cada sílaba!

Nótese que es mucho más difícil decir cdudo que crudo y amadgo que amargo.

Por cierto que no admitía verbos irregulares, comenzando por rechazar los auxiliares; del verbo tener, por ejemplo, sacaba : teno, tones, tepe...; pero se encontraba con dificultades a veces insuperables, para aplicar su reforma a muchos verbos de su vocabulario; los inventaba también con frecuencia, sacándolos de los nombres propios o de donde le daba la gana; felipear era hablar, tratar., estar con Felipe; broyer, verbo novísimo, que resulta ser francés y significa reducir un objeto a pequeños fragmentos, quería decir para él, trepar arañando, como los gatos.

En fin, para entender lo que decía Boris durante los primeros ensayos de su incipiente lenguaje, se necesitaba adivinarlo.

ARMONÍA DE LAS PALABRAS EN LAS IDEAS DE LAS COSAS

El más lejano recuerdo que tenía de su propia existencia, se refiere a la época en que podía tener a lo más cinco años, y a un episodio cómico y doloroso de su infancia.

La más viva imagen de ese recuerdo es aquella en que se ve a si mismo llorando junto a una puerta pintada de verde, reventando con sus dedos las ampollas de la pintura mal hecha, y observando, sin dejar de llorar, que debajo de la capa verde había una roja.

En los mayores dolores, ya se sabe, la mente se complace en coleccionar trivialidades. Boris, no podía estar más afligido y sin embargo, su cerebro anotaba las puerilidades de su trabajo mecánico.

t Y por qué estaba afligido y porqué lloraba?

Su padre tenía minas en Choroma (buscar Choroma en el mapa), pasaba allí toda la semana y venta a Tupiza el domingo 'por la mañana, a caballo, trayendo siempre en las alforjas, a más de muestras de minerales y otros objetos, algo para el chico: frutas, capias, dulces o algún juguete (Boris era un tanto mimado en la familia).

El día del episodio, apenas se desmontó su padre, Boris se acercó al caballo que era amigo suyo, abrazó su cabeza inclinada, sintió aquel olor de sudor normal que él llamaba olor a viaje, y concluidas sus caricias al noble animal, preguntó a su padre qué le había traído.

-Qué te he de traer,. criatura - le respondió -, ¡desdichas!

-Magnífico - pensó para sus adentros -, nunca me ha traído eso-. Y va saboreando de antemano el gusto del manjar, se hizo el distraído por no parecer ansioso.

Pero después de haber pasado un tiempo razonable, sin que su padre se preocupara de darle el regalo, se dirigió a las alforjas, revolió todo en ellas, y no encontró ni señas de desdichas.

Aún tuvo paciencia y supuso que su padre las había sacado : se le hizo presente varias veces, inútilmente, y cansado de esperar, interpeló

-¿Dónde están las desdichas?"

Su padre lo miró entre triste y burlón y no le contestó.

Entonces, con los fueros que le daba su derecho de niño comenzó esta letanía, llorando :

-Denme desdichas; quiedo desdichas; ¿dónde están las desdichas?"

Todos se reían y él se irritaba y gritaba cada vez más : "denme desdichas".

Vino el cura Rendón, su padrino, y él también se puso a reír; pero convencido de la sinceridad de la aflicción del niño, hizo cuanto pudo por distraerlo. Le dio una moneda, le prometió llevarlo a pasear a caballo y por fin, visto lo inútil de su empeño, trató de saber lo que él entendía por desdichas.

-¿Qué son pues? - le preguntó.

-Son unas cosas ladgas y negdas. (Otra risa).

-¿Son juguetes o cosas de comer o de ponerse

-De comed - contestó irritado. (La hilaridad continuaba.)

-Frutas, ¿entonces?"

-No son fdutas.

-Y, ¿qué son?"

-Unas cosas negdas, asadas, que hace todos los jueves la negda Madia.

¡Desdichas asadas!... ya entonces la diversión no tuvo limites, y se marcó por una estrepitosa algazara.

Boris lastimado por la burla sangrienta, salió al patio para ocultar su derrota y fue a parar junto a la puerta verde.

Rotas todas las ampollas, se consoló reflexionando en la falta de entendimiento de su padre, de su madre, de sus hermanos, de su padrino el cura y del resto de la asamblea. Tenía razón, pues era fácil caer en la cuenta, después de tantos detalles de que desdichas debía ser algo de comer, de nombre parecido, el de salchichas, por ejemplo, y de que Boris llamaba salchichas a las morcillas; por donde morcillas y desdichas eran para él la misma cosa.

No habiendo en Tupiza dos sujetos del mismo nombre, creía que el nombre propio era exclusivo y comparticipable e intrinsecamente encarnado en lo íntimo de cada individuo. Así, había una Brígida frutera, una María empanadera, un Florencio herrero, un Tadeo sastre, picado de

viruelas, etc., etc., y Boris creía que Tadeo significaba tetado, sastre y único en la tierra con tales cualidades; y lo análogo respecto a los nombres de Brígida, María y Florencia.

Para colmo vivía en aquellos tiempos unas vieja blanca, flaca, llamada Aurelia Evia de Pando, que habitaba una casa a cuyo patio daba sombra un enorme sauce; por tanto, doña Aurelia encarnaba la idea de vejez, de blancura ajada y de sauce grande.

Fue siempre extraña y poderosa en su mente la influencia del sonido de las palabras y la tendencia a sustituir la sustancia por su accidente.

A lo dicho sobre Tadeo y compañía, deberá añadirse que cada persona, cada objeto, cada suceso, cada época, cada entidad concreta o abstracta tuvo para él un color, un sonido, un gusto, un olor, una forma, una semejanza; de tal manera que la idea del objeto y la suscitada, ocupaban en su cerebro el mismo rango.

El nombre Diego representaba un pan de jabón ordinario, de forma cúbica.

El de Eusebio daba la idea de una vela de sebo gruesa.

Francisco quería decir un hombre maduro, vestido con traje gris.

Rodríguez un pedazo de queso con vetas verdosas.

(Nota: Don Francisco Rodríguez era un pulpero de Tupiza y vendía queso más o menos viejo y deteriorado; usaba una ropa gris eterna.)

Tucumán, color naranja; Buenos Aires, nácar; Córdoba, morado; Salta, verde; La Rioja, café; Mendoza, color pizarra; Jujuy, amarillo... y no había quien le quitara tales ideas de la cabeza.

Inmediatamente que oía un nombre saltaba una figura, un color, un ruido u otra sensación que eran respectivamente el alter ego de la persona o cosa designada.

Los lunes eran color de hoja de lata algo empañada.

Los martes verdes como cipreses, ¿quién podría dudarlo?

Los miércoles de un amarillo brillante.

Los jueves también amarillos, pero a modo de yema de huevo.

Los viernes verde claro.

Los sábados plomo gris, parecido al cielo en día nublado.

Los domingos color rojo, no muy vivo.

Los meses no tenían colores definidos, pero él en la paleta de sus impresiones era incapaz de equivocarse el tinte del mes de, abril con el 2 de agosto.

No había, pues en el idioma palabra cuyo sentido ignorara, pues a todas cuantas oía les daba una representación conocida. Así, rezar era un acto color plomo, porque don José Sánchez Reza tenía un sombrero alto de chinchilla de ese color.

Materia.: un líquido algo espeso amarillento, (humor, supuración, materia).

Moral: un objeto de cobre (morado).

Honor: un tumor, una hinchazón.

Criterio: un gato baruno, arisco (aquí el vínculo se pierde, en un abismo insondable).

A esto se añadían las concepciones más extravagantes sobre las cosas que ya conocía. Por ejemplo, para hacer un libro, según él, solo se requería poner un número mayor o menor de palabras, todas diferentes, una tras de otra; el mérito de la obra estaba en relación con la cantidad de éstas. Para hacer otro libro se necesitaba otra colección. La idea de que los libros contuvieran frases o dijeran algo, no se le vino jamás a la mente. Extraña falta de sentido común, inexplicable, pues no se concibe tales aberraciones ante las evidencias de cada momento.

ASTRONOMÍA - METEOROLOGÍA - LIGERA RESEÑA DEL CIELO, DEL INFIERNO y DE SUS HABITANTES

Cuando veía salir la luna detrás de los cerros deseaba subirlos para tomarla con sus manos a su paso por las cumbres, y si estaba ya un poco elevada, presumía que don Lorenzo Sastre (el hombre más alto de la comarca) armado de una caña y parado en la cima, podría voltearla de un cañazo.

Todos los niños han tenido, es de creerse, ante un espectáculo análogo, la misma idea.

Parecidas sensaciones le sugerían las nubes flotantes sobre las montañas, como capullo de algodón si eran blancas, o como vellones de lana negra, si eran oscuras.

En ambos casos, don Lorenzo Sastre, su candidato perpetuo para las grandes empresas, podía, con un rastrillo, traerse a casa una buena provisión de lana o de algodón.

Los relámpagos eran rayas hechas por un gigante con un tizón encendido; los truenos, el fragor de cueros secos, arrastrados por las escabrosidades de los cielos.

La tierra era plana, salvo algunas rugosidades como las montañas y quebradas, y estaba cubierta de una bóveda de tules, densa por trechos y salpicada de pedacitos de vidrio más o menos brillantes.

Tras de esa tapa de sopera, en el punto central, estaban Dios, la Divina Providencia, los ángeles, entre ellos el de la guarda, los Arcángeles, los Serafines, Santa Ana, la Virgen María y su digno esposo, Jesucristo, San Pedro y otros personajes celestiales.

Debajo de la tierra había otra semiesfera. hueca, negra, llena de humo, soldada a esta por sus bordes, en cuyo fondo estaba el infierno, donde vivían el Diablo y comparsa. En los límites del disco o plano

terrestre, arriba y abajo, moraban los fantasmas, los aparecidos, los duendes, las brujas, las hadas, los encantadores y los gigantes que hacían los relámpes.

La suposición de que la tierra era un disco entre dos tapas de sopera, no iba tan desea. minada, dadas las creencias que alguna vez tuvo la humanidad; estaba además de acuerdo con la iglesia y con las teorías de las altas eminencias que persiguieron y encarcelaron a Galileo, cuya historia no sabía Boris, a quien en este caso, no se puede por tanto acusar de plagio.

Cabe bien establecer aquí que, si los contradictores de Galileo fueron injustos con él, son a su vez injustos con ellos los sabios y los hombres ilustrados de nuestros tiempos.

Alguien ha dicho, creo, y con razón, que había circunstancias atenuantes en la conducta que usaba la Iglesia contra los promotores de reformas en las creencias.

Ciertamente creer que la tierra era el punto central del universo, que todo giraba alrededor de ella, que el sol era un satélite, que los planetas y las estrellas eran un simple adorno en honor del hombre, todo eso armonizaba con su orgullo, halagaba su vanidad y le inducía una conciencia de su importancia, superioridad y suficiencia, que lo dejaba muy contento de sí mismo.

En medio de esta felicidad de amor propio satisfecho, un viejo impertinente se atreve a decirle: "1 No hay tal cosa; la tierra es un átomo imperceptible en el universo, las estrellas no han sido hechas para que usted las mire; todas las creencias de usted son hijas de su loca y presuntuosa fantasía!"

Venir a quitar así, con dos o tres frases, las ilusiones de siglos y siglos, era realmente una agresión. Nadie se queda contento cuando le prueban que no es lo que él se cree, sino todo lo contrario ; natural era, pues, que los desilusionados se enojaran con Galileo y lo trataran como a loco, ateo y criminal.

Dios era, en el concepto de Boris, un verdadero Padre Eterno, un anciano venerable, hermoso, con una barba larga y blanca.; estaba siempre sentado para mantener la postura propia de Su Majestad; en esto Boris caía perfectamente en lo cierto; nadie cuando piensa en

Dios, se lo representa de otro modo y mentiría como un bellaco, quien dijera lo contrario. Imaginárselo, por ejemplo, joven y lampiño, repugna al entendimiento.

Sus juicios acerca de los personajes celestiales, serán tal vez condenados por la iglesia, pero él no tenía en ello culpa, pues eran el producto de una germinación en su cerebro, cuyas funciones no podía dirigir.

La Divina Providencia habitaba, como se ha dicho, el cielo; creíala emparentada con el Padre Eterno, y se la representaba con la figura de una mujer de cincuenta años, gruesa, de aspecto vulgar, cara siempre engestada, cutis blanco amarillento, con manchas rojizas, nariz chata,

ojos anegados y cabello castaño claro. La sospechaba poco bondadosa y en oyéndola nombrar ya temía que se tratara de alguna mala acción; la muerte de un niño, la ruina de una familia o cosas del estilo. Rara vez se la citaba con motivo de algún suceso feliz, y cuando esto sucedía, hablándose, por ejemplo, de alguien que hubiera escapado de un peligro y oía decir: "Se salvó gracias a la Divina Providencia", pensaba en sus adentros: "Por fin ha hecho algo bueno la comadre".

El ángel de la guarda se colocaba todas las noches a su cabecera ; él lo veía de pie vestido de tules y rasos celestes con las alas pendientes a lo largo de los flancos; joven, hermoso, pero insignificante y bobo, no hacía ni decía nada, estaba ahí como podía estar en otra parte.

Al verlo soñaba con ángeles más divertidos, con arcángeles y serafines, bailando contradanzas en el cielo y agitando tiras de género recamadas de oro y plata, como las casullas y otros ornamentos de iglesia; las bandas bordadas se tendían a cierto tiempo verticalmente, temblaban un rato, bajaban, pasaban lentamente y, por fin, Boris se dormía.

A Santa Ana se la representaba en concordancia con sus retratos y efigies; señora mayor, vestida pobrementemente, con ropas viejas y , descoloridas; flaca, apesadumbrada, mirando hacia abajo y siempre resfriada, quizá por tener la nariz larga y puntiaguda.

Qué mal hacen las autoridades eclesiásticas de admitir en los altares imágenes presentadas bajo formas repelentes o ridículas; santos feos y santas y vírgenes antiestéticas. Los niños toman esos adefesios como encarnaciones de las entidades que representan, los graban en su mente y conservan la impresión toda su vida; la idea primera persiste y ya jamás nadie podrá concebir a Dios, la Virgen, Jesucristo, los santos y los ángeles, sino según el modelo primitivo, visto en la iglesia, lugar sagrado, respetado y fidedigno.

Por eso Santa Ana era la pobre señora que Boris veía en la madre de la Divina María.,

La Virgen santísima...; había dos vírgenes santísimas según el testimonio incontrovertible de sus sentidos y la tradición, de la cual tenía algunas nociones.

La primera se le presentaba bajo la forma de una joven bellísima, inocente, melancólica, de ojos grandes, admirados, como si no comprendiera bien 19 que pasaba ante ella ; ¡modesta cual cuadraba a la pobreza de su familia!

Jamás a Boris ni a nadie se le ocurrió que la dulce María perteneciera a la aristocracia.

Él la veía en las láminas, siempre humilde, cuidando a su hijo, o bien yéndose a Egipto en burro, con el niño en sus brazos, tiernamente oprimido y seguida paso a paso por San José, un buen hombre, mediocre, que más bien parecía su padre que su marido.

La segunda, era la virgen de los altares, Nuestra Señora del Rosario, de los Milagros o de cualquier otra advocación; esa señora mayor de

edad, representaba una verdadera dama de Corte; al verla nadie la creería hija de la pobre Santa Ana, sus vestidos de encajes, raso, terciopelo y oro, y sus collares de perlas, rubíes, esmeraldas y diamantes, realzaban su figura de noble matrona un poco anticuada, rica y ostentosa. Su manto y demás vestidos, de la cintura para abajo, tendidos por un triángulo de cañas, casi equilátero, le daban la forma de un cono sobre su base, en cuyo vértice se hubiera colocado una, corona de plata tachonada de piedras preciosas.

Su antebrazo izquierdo, rígido, tieso y horizontal, sustentaba al niño Jesús en equilibrio inestable; desnudo, completamente en cueros, copa tres espátulas de metal clavadas en la cabeza por todo abrigo.

Bien se conocía que Nuestra Señora no tenía frío bajo sus ropas abrigadas de lujosas y gruesas telas, ni aun en aquella iglesia helada.

El pobre niño, si hubiera podido hablar, habría pedido una manta o que lo llevaran al Ecuador. Así lo dejaban comprender sus brazos estirados y sus ojos redondos de puro abiertos.

Nuestra Señora no caía en cuenta de nada; ¡ni miraba ni acariciaba a su hijo, ni lo aproximaba a su seno como hacen todas las madres cuando no están vestidas de baile!

San José estaba ahí, de pie, con una redondela de plata remachada en la coronilla y una vara de nardos o lirios en la mano derecha, no se sabe por qué ni para qué.

San Pedro figuraba en otro altar, con las llaves del cielo en la mano; solo, sin su gallo, probablemente suprimido por el escultor para apartar recuerdos inoportunos.

Después de tal examen ¿cómo podía creer Boris que Nuestra Señora de los altares fuera la misma suave María por la cual tenía tan sincero afecto?

Ningún testimonio podía contradecir lo que sus ojos veían, y no hubo remedio: la idea de las dos vírgenes, la una simpática y la otra así, así, se instaló en su conciencia.

Otro tanto le sucedió con Jesucristo.

Hubo durante varios años dos ejemplares diferentes de Jesús en su concepto.

Uno, el del niño Jesús, sano, gordo, recién barnizado y con los brazos extendidos.

El segundo Jesús, el de la leyenda; un hermoso joven esbelto que llevaba la túnica con elegancia; soñador, vagabundo, desocupado, indolente, amigo de la vida meditativa, apreciador de la belleza, predicador y profeta y como tal, convencido de que debía vivir sin trabajar y a expensas de sus admiradores.

Boris no podía hacer de los dos un solo hijo de María sin quitar a cada uno su personalidad; ni pensar que el niño gordo y lustroso pudiera convertirse en el melancólico e interesante joven de cabello largo, el de la túnica elegante. 1 Eso no podía ser!, la lógica de los dos sentidos imponía dos sujetos, dado el caso: el niño sano y gordo y el filósofo ambulante, el

mártir de la Semana Santa después.

Aceptados los datos falsos o verdaderos, las consecuencias forzosas debían ser tomadas como realidades.

No son de extrañar estas cavilaciones, en un lógico de nacimiento, cuyos elementos de juicio venían del examen de las imágenes de la Iglesia, o de algún trozo de Evangelio oído en los sermones y ampliado por su imaginación.

El diablo, personaje siniestro, según sus detractores, no le inspiraba temor; por instinto sin duda, presumía la evolución de las ideas de otros tiempos respecto a este distinguido sujeto.

En la Edad Media y antes de ella, el demonio, Lucifer, Satanás, o como quiera llamársele, era una entidad maléfica, dañina, cruel y repugnante, odiosa bajo todos los puntos de vista.

Ahora, gracias al conocimiento de la mitología, primero, y a los poemas, romances y piezas para teatros, cuyo tipo principal es el Fausto, Mefistófeles, nombre más eufónico que Satanás, es un caballero simpático, algo escéptico, espiritual, ameno, bien educado, amable con todo el mundo, gallardo y valiente, conecedor como nadie de las flaquezas humanas y dotado de la más alta y serena filosofía. Si lleva almas al infierno con, engaños, maleficios u otras truhanerías, no es por su cuenta, sino por orden expresa del Ser Supremo.

El infierno es una sucursal del cielo, las almas rechazadas en éste, son las únicas que aquél acoge (todo el mundo lo sabe).

Las teorías del cristianismo no pueden rechazar la lógica de las precedentes afirmaciones.

Más en armonía con los documentos humanos, está la mitología que hacia de Júpiter y Plutón dos amigos y confidentes. Éste mantenía también cordiales relaciones con los demás dioses y cedía a sus empeños cuando le pedían la libertad de algún condenado, dejándolo salir de los infiernos.

Mefistófeles, es de creerse, tendría iguales tolerancias, dado su espíritu caballeresco y bien humorado a pesar de las maldades que le atribuyen.

En el relleno de la cabeza de Boris había ciertos espíritus más o menos entrometidos en las cosas de este mundo.

Los fantasmas y los aparecidos, que lo aterrorizaban con lo indefinido de su forma y de su personalidad, así como las Almas que salían a dar vueltas en las noches oscuras alrededor del cementerio, con apariencias de venir a reclamar algo de los vivos.

Los duendes, unos enanos con grandes sombreros y una mano de lana y otra de hierro, según la tradición, lo perturbaban en extremo; el detalle del contraste entre manos de estos extraños sujetos no siendo explicable, pero debiendo responder a algo muy terrible, debía tomarse muy en cuenta.

Las brujas, para él, eran más bien simpáticas, pobres mujeres tan

perseguidas por todos.

Las hadas: una señoras de cierta edad, vestidas ricamente, frescas todavía algunas, no le gustaban. Según la leyenda concurrían al acto de nacimiento de cada niño; unas otorgaban al recién nacido un don que lo hiciera feliz, pero nunca faltaba alguna vieja resentida que ponía una cortapisa para paliar o anular los dones recibidos.

Más que con el proceder de las hadas, armonizaba con sus gustos el de los encantadores, cuyos hechos se manifestaban en los cuentos conocidos del pájaro Pipao, la Bella y la Fiera y otros; pero observaba que las hadas tomaban a veces el papel de los encantadores, y no sabía en ciertos casos distinguir, en materia de encantamientos, lo que era obra de varón o de mujer, si bien tenía una idea por guía: si la calidad del hecho era muy mala, él lo atribuía a una hada; si era buena o no muy mala, a un encantador, pues en esto pensaba lo que los vientos piensan de sus amos, es decir: que el Señor es siempre más bueno que la Señora.

ORIGEN DEL MUNDO - LA LUNA, LA TIERRA Y SUS ENSERES

Dios había creado el mundo de la nada, y de paso se había creado a sí mismo. Eso no lo entendía Boris, pero así estaban las cosas.

Los astros, las nebulosas, las estrellas, todo ello había sido hecho a la vez, lo mismo que el sol, la luna y la tierra.

El sol era una rueda de fuego, que salía por la mañana de una orilla del disco de la tierra, giraba sobre él e iba a esconderse en la orilla de enfrente; siempre conservando su tamaño, más o menos, pero cambiando de color según el estado de la atmósfera.

La luna, nacía en forma de un hilo de plata encorvado, también en una orilla de la tierra, pasaba sobre ella y descendía al otro lado, seguida por una pequeña estrella, pero su tamaño variaba cada noche; crecía hasta llegar a ser un círculo y mermaba hasta perderse en forma de otro hilo de plata, menos brillante en el extremo opuesto al de su nacimiento.

Probablemente el sol daba vuelta por debajo de la tierra, conservando su integridad, pero la luna moría en su ocaso, cada tantos días, y otra luna nacía de nuevo.

Ya se ha dicho algo sobre la tierra; falta solo saber el origen de sus enseres.

El de éstos comprendía dos categorías; en la primera figuraban los objetos que él había visto fabricar o nacer del suelo; aquí entran las ropas, los sombreros, el calzado, los utensilios de barro, las mesas, las sillas y demás artefactos de carpintería, cerraduras, cerrojos y artefactos de herrería, los árboles, las flores, las frutas, las legumbres, los

matorrales, las calabazas, melones, sandías, guisantes, trigo, maíz, judías, garbanzos y los productos enterrados, como las patatas ajipas, nabos y otras especies.

Todo lo que no entraba en estas colecciones debía encontrarse en otra parte ya hecho, y para obtenerlo no había más que ir a recogerlo del suelo o de sus capas inferiores; y eso hacían, sin duda, los tenderos, los vendedores y otros negociantes que traían todo ello a Tupiza.

Él no encontraba ninguna dificultad en que las cosas pasaran así. La tierra, por el mismo procedimiento con que hacía flores maravillosas, árboles gigantescos, frutas sabrosas, metales en bruto y en barra, azogue (plata líquida) y aceites en las minas, como el petróleo, piedras preciosas y objetos verdaderamente maravillosos, podía hacer relojes, platos de porcelana, teteras de metal, frascos de vidrio y todo aquello que no fuera de fabricación manual.

Lo que da la nota sobre las concepciones de Boris respecto al origen de los objetos que conocía, es su idea, por demás extravagante, relativa a las cajas de sardinas, que consideraba frutas de estación.

Tal absurdo no debe provocar la risa, ni inducir a juicios contra la sanidad intelectual del muchacho, porque emana de razones bien fundadas, algunas de las cuales enumero.

Primera: las cajas de sardinas no circulaban en Tupiza sino en una estación, en Cuaresma y Semana Santa; jamás, fuera de esta época, se comía sardinas.

Segunda: la cáscara de las sardinas era metálica y dura; éstas se hallaban acomodadas en el interior en buen orden. Pero había también otros productos de cáscara dura : las nueces, las avellanas, las almendras, las granadas, los cocos; y otros de cáscara blanda (lo que solo implica una diferencia de grado), tales como los guisantes, lentejas, las habas, etcétera.

Tercera: las cajas de sardinas blancas y brillantes contenían piezas blancas y brillantes cubiertas de un envoltorio de la misma especie, seguramente metálico.

En esto las sardinas no se diferenciaban de las nueces, almendras, avellanas, etc., que también tiene una cubierta interna (hollejo) de un color análogo al de la cáscara.

Cuarta: ¿cómo podía la naturaleza encerrarlas en las cajas cuando no se veía rendija alguna por la cual se hubiera podido introducirlas? La objeción es seria, pero también lo es esta otra. ¿Cómo puede la naturaleza encerrar en algunas frutas, carozos, semillas, pulpas, secciones geométricas, tabiques de división, como en los cascos de naranja y figuras de variadas formas y consistencia sin que el envoltorio exterior de estos productos muestre señal de haber estado abierto y haber sido cerrado?

Confíesese, pues, que si la existencia de las sardinas dentro de sus cajas no se entiende, tampoco se entiende la del contenido interior de las frutas, de los cucurbitáceos y de las vainas con granos.

Quinta: los árboles nacían de entre las piedras, de entre las peñas, de entre los trozos de minerales, a veces, lo que no les impedía florecer y dar frutas.

Las flores eran olorosas, las frutas sabrosas y perfumadas; la forma de las primeras era de un arte exquisito, la de las segundas variadísima e inexplicable; y nadie negará que hacer una flor del aire, una orquídea, de cien mil pensamientos todos diferentes, variedad infinita de crisantemos, dalias, rosas, claveles. todo ello del más artístico dibujo, de olor y colorido diferentes, es mucho más difícil que hacer una caja de sardinas.

Por otra parte se presenta una cuestión de equidad: las peñas, las rocas, las piedras, los trozos de metal, dejaban brotar de su seno árboles y arbustos, ¿por qué los árboles y matorrales no darían a su vez piedras, rocas y metales?

¡Nadie había demostrado a Boris la imposibilidad de que una planta diera productos metálicos : todos los sabios de la tierra no son tampoco capaces de probar la Imposibilidad de tal fenómeno! Y, por último, ¿sabía acaso Boris que la hoja de lata era metal?

¿No vemos nacer minerales de la boca de un elefante, sus colmillos? ¿dientes duros, de las encías de los animales : cuernos, uñas y pelo de partes blandas del organismo? ¡Pues explicarse todo esto es tan difícil como admitir la posibilidad de que los vegetales y la tierra produzcan vasijas minerales, llenas de comestibles y por tanto cajas de sardinas!

Boris queda justificado.

ESPECIE RARA DE MATERIALISMO

Entrando a su edad madura Boris a habérselas con el mundo, fue convicto y confeso de materialista : mientras tanto lo hemos visto tan idealista que solamente lo quimérico era lo real para él.

(Estas páginas están llenas de anacronismos; se incurre en ellos porque a veces un hecho mental, como se indica en la advertencia puesta al principio del volumen, viene a ser confirmado por una idea de actualidad. Boris escribió a larga distancia de su infancia, el relato de la corta vida y de la temprana muerte de un niño. Lo escribió para probar a los mentecatos que sabía sentir : ellos lo ignoraban.)

El cuento publicado fue decisivo: nadie pudo leerlo sin llorar ; y lo peor del caso es que el mismo autor, al corregir sus páginas dejaba caer en ella gruesas lágrimas, el niño imaginario se había vuelto real en su conciencia; lo veía, lo quería, lo festejaba, lo compadecía, y cuando recordaba que lo había muerto en el relato de pura invención, lo miraba y veía que le hacía reproches con su cara angelical y triste desde el cielo, por su extrema crueldad ; lo cual le sugería el intento de escribir otro en

que el niño continuase viviendo.

Pero si no le hubiera muerto no habría hecho llorar a los que tan erróneamente lo juzgaban.

ANTICIPO A CUENTA DE SENTIMIENTOS

La sensibilidad más exquisita y el espíritu de protección a los débiles y la cortesía, fueron la característica de su constitución psíquica.

En Tupiza recogía, a orillas del río, las piedrecitas más chicas, aquellas que habían tomado la forma de almendras o de lentejas a consecuencia del frote recíproco en los torrentes porque le daban lástima; las consideraba indefensas y las creía ateridas de frío en las noches de invierno, pero su piedad no podía amparar a todas y era por eso deficiente y parcial, pues él sólo recogía las muy bonitas (ya desde entonces tenía predilección por la belleza).

Una vez, encontró en la calle un precioso ratoncito, lo tomó, lo llevó a su casa, le hizo una casilla de barro en el patio, lo alojó en ella, y le puso queso y agua para su alimento durante la noche.

Al día siguiente, cuando fue a verlo, encontró la casilla vacía y con un agujero en la puerta... ése fue el primer ejemplo de ingratitud que se le presentó. Después, ¡cuántos de cientos de ratoncitos ha encontrado en el mundo!

Criaba conejos. Un domingo su mamá, pus hermanas y hermanos se fueron a misa; él, aunque muy religioso, no fue por estar enfermo; tenía un panadizo muy doloroso en un dedo del pie y apenas podía caminar, no solo por el dolor, sino por una especie de almohada con que se lo habían colchado.

Los conejos comenzaron a gritar por falta de alimento y él a desesperarse y a llorar al oírlos; su madre no volvía; los chillidos no cesaban y le traspasaban el alma. En un momento dado ya no pudo más : salió a la calle con su almohada en el pie y se fue a rogar al panadero (no había sino uno) algún socorro por el amor de Dios. El panadero, buen padre de familia, a pesar de creer que los irracionales no sufrían, le dio unos cuantos puñados de afrecho; ¡y todo entró en su quicio.

Entre tanto observó, a través de sus edades, que jamás sociedad de beneficencia humana en apuros, ni club político alguno falto de fondos, le había causado igual, ni mayor impresión que el hambre de la comunidad de sus conejos, recuerdo más penoso para él, que el de la historia leída o contada de las miserias de lejanos pueblos, por la ruina de sus sementeras.

Un día Boris callejeando vio pasar un perro, tomó una piedra y se la arrojó: nunca pudo saber por qué; la piedra dio al pobre animal en la

cabeza y parece que fue en un punto sumamente sensible, porque el perro aullando y gritando lastimeramente, salió a todo escape. Boris se quedó yerto, la conciencia de su crimen lo espantó; él, tan compasivo siempre, había lastimado a un pobre animal que no le había hecho nada, en virtud de ese sentimiento de ferocidad que todos los hombres tienen, pero que en él era una anomalía.

Desde ese momento no tuvo paz consigo mismo y, día y noche, veía el perro huyendo y oía sus gritos estridentes.

No pudiendo al fin de cierto tiempo dominar sus remordimientos, decidió confesarse. Buscó entre los pecados mortales si figuraba el de apedrear perros; no encontró tal prohibición, pero debía estar involucrada en cualquier otro pecado capital.

Faltaba aún que salvar otra dificultad. ¿Con quién se confesaba? ¿Con su padrino el cura Rendón? No. ¿Con el padre Aronis? Sí; a él le tenía menos vergüenza. E hizo en esta circunstancia, lo mismo que las más puras almas cristianas de damas encumbradas, cuando eligen sus confesores entre los más tolerantes y menos relacionados.

Fue, pues, a lo del padre Aronis, y le dijo a boca d: jarro:

-Vengo a confesarme.

-¿Tú? ¿Y de qué vienes a confesarte?

-He apedreado a un perro.

-Has hecho muy mal, pero, en fin, no es para tanto.

-Sí es, porque el perro se ha ido aullando y gritando.

-Bien, no lo vuelvas a hacer.

-No lo volveré a hacer, pero eso es poco; yo quiero una penitencia.

-¿Qué penitencia, muchacho? ¡No hay para ello !

-Sí, debe haber ;porque yo sé que es un pecado.

-Bueno; reza tres padres nuestros.

-Bah ; los rezo todos los días sin penitencia.

-¡Dale con la porfía!

-Le haré decir una misa a San Roque. -Eso nunca hace mal.

-¿Y cómo se la hago decir? No tengo con qué pagarla.

-Yo te la diré de balde, niño.

-Entonces, no es penitencia.

-¡Peste con el lógico! Vete de aquí, yo te diré la misa y hazte devoto de San Roque.

-¿Si pudiera curarle la herida que tiene en la pierna?

-¿Cómo se la vas a curar si ya se ha muerto?...

Boris salió de la casa del Padre algo más consolado, pero el grito del perro y la visión de su fuga le quedaron : fueron para él una obsesión.

Boris vivía constantemente afligido por las desgracias de los animales.

Cierta señora tenía una tienda que comunicaba por una de sus puertas con un cuarto de la casa habitada por la familia de Boris. La señora se fue a hacer no sé qué maldito negocio fuera de Tupiza y dejó

su perro encerrado en la tienda, el que comenzó a aullar apenas partió su ama y no cesó en una semana.

Sus lamentos, en los últimos días, eran ya casi imperceptibles: ¡el perro se moría!

Imagínese cualquiera el suplicio impuesto a la familia y las torturas de Boris que revolvió todo el pueblo para ver cómo se podía sacar el perro o darle algo que comer; pero nadie quiso tomar sobre sí la responsabilidad de penetrar en la tienda cuya puerta no tenía una sola rendija por la cual se pudiera echar leche a lo menos.

Durante el tiempo del cautiverio del perro, Boris no comió ni durmió a gusto. La vieja inocentemente cruel llegó al fin; se sacó al perro ya moribundo y se le atendió con buen éxito.

Años más tarde, en un pueblecito de la provincia de Jujuy llamado Yaví, en una de sus ambulancias por las orillas, en compañía de un muchacho callejero, gran perseguidor de nidos, entró conducido por él, a un terreno baldío encerrado en un cerco de piedra.

Aquí hay muchos nidos -dijo el muchacho-; el otro día tapé uno de rabia por no poderlo sacar; estaba muy hondo; voy a ver si lo encuentro.

Buscó un rato, dio con el sitio, retiró una piedra del hueco y se vio detrás de ella un pajarito, parado, muerto, ya seco., tenía la cabeza caída y los ojos abiertos. Boris reconstruyó en su mente, ante el tristísimo espectáculo, la tragedia que ocurrió en el nido; vio los pichones con sus picos abiertos en escuadra, piando, muriéndose de hambre, y a la madre yendo y viniendo de sus polluelos a la puerta del nido cerrado; calculó sus angustias, su desesperación ante ese terrible conflicto, su padecimiento, sintiéndose ella misma desfallecer; su resignación, en fin, al situarse en la puerta y morir de pie i como ningún héroe lo ha hecho hasta ahora! ... Echó una mirada de cólera y de reproche al muchacho, bandido cruel, destituido de todo sentimiento humano, que le pareció un monstruo horrible y, sin decir palabra, huyó de su lado corriendo y llorando, para no verlo más.

La escena del pajarito, con todos sus detalles, quedó grabada en la memoria de Boris para siempre, junto con las otras análogas.

Jamás pudo ver crueldades y cien veces expuso su vida por evitarlas o reprimirlas, sin tener en cuenta su posición, a veces encumbrada, para habérselas con el más ruin de los plebeyos, en defensa de un niño, de un caballo, de un ser débil cualquiera a quien veía maltratar. El abuso de la autoridad o de la fuerza le parecía odioso. Así detestaba a los patrones que trataban mal a sus sirvientes.

En cuanto a su cortesía, sólo puedo decir que era muy singular. Creía que a un extraño nada podía negársele, con tal que fuera posible concedérselo; y si no se podía, que se debía a lo menos explicarle la negativa con muy buenas razones. No se sabe de dónde sacó semejante regla, que fue para él origen de muchos disgustos.

SITUACIÓN ECONÓMICA DE LA FAMILIA. TRISTES REMINISCENCIAS - VENTA DE JUGUETES – EL PADRE. DON DIEGO. LA MADRE. DOÑA VISITACIÓN, LAS HERMANAS Y LOS HERMANOS DE BORIS

Incurriendo, como de costumbre ya anunciada. en anacronismos, contaré, tomando una época dada, las penurias por que pasaba la familia de Boris.

Su padre estaba emigrado de Tupiza por haberse metido en una revolución contra el gobierno legal de Bolivia. Su familia, compuesta de la madre y sus ocho hijos, quedó sin recursos. Un señor muy generoso le prestó una casa para que la habitaran gratuitamente; pero eso no bastaba, la familia tenía que vivir, y vivía a favor de donativos o préstamos que les hacían ese señor, su hermano, el cura Rendón - padrino de Boris - y otras gentes buenas del pueblo.

No obstante, llegó un día en que estos recursos tocaron a su fin y entonces fue necesario recurrir a una operación financiera dolorosa.

Ya he dicho que Boris era un niño precioso y muy simpático : por esta razón todos los amigos de la casa le regalaban, en épocas dadas, juguetes, cortaplumas, instrumentos de carpintería, arte al cual era muy afecto, y objetos varios de plata fina, filigranas y otros dijes de valor. Pues bien, en ese día doña Visitación, madre de Boris, lo llamó a su cuarto, y pintándole la situación, le pidió consentimiento para vender los objetos de plata que poseía. Boris lloró mucho, se lamentó, reunió sus dijes, se desprendió de ellos muy tiernamente y autorizó la venta, con cuyo precio la familia pudo vivir ocho días. Esta fue la primera dádiva de consideración que hizo en su vida. Después ellas no cuentan, pero sí cuenta la gran cantidad de desagradecidos que hizo y que continúa haciendo, como es muy natural, pues la cualidad ineludible de todo ser humano, es el desagradecimiento. En otra ocasión probaré la razón fundamental de esta conducta.

Don Diego, era oriundo de Inglaterra; su padre fue llamado a la Argentina .para fundar la contabilidad del Banco Oficial, en el cual estableció llevar los libros por partida doble, introduciendo esta reforma en la contabilidad. Don Diego a la edad conveniente, entró en la milicia y sirvió en los ejércitos levantados por el partido unitario.

Después de varias batallas en que mostró su bravura, se vio obligado a emigrar a Bolivia, adonde llevó a su mujer, y no recuerdo si a alguno de

sus hijos. Llegó a Tupiza, donde se estableció como comerciante, abrió una tienda que prosperó rápidamente y la familia alcanzó una situación modesta, pero eficiente. En esto fue atacado de la fiebre de las minas; liquidó su tienda, adquirió un mineral y se puso a trabajar en él, con cierto éxito al principio sola. mente. Después los rendimientos disminuyeron y ello continuó así hasta que don Diego emigró de Tupiza, y de ahí en adelante no se supo más de las minas ni de nada.

Don Diego era un hombre muy inteligente, instruido, lleno de humor, escritor elegante, narrador insuperable; era bondadoso y sumamente sensible; bien constituido, casi atlético y de una fuerza poderosa; lindo hombre, blanco, ojos azules, tiernos y suaves.

En la sien izquierda tenía unas manchas de pólvora, resultantes de un fagonazo que recibiera en una batalla.

Boris, excepto las manchas de pólvora, era una miniatura de su padre. Una vez dijo: "Conozco que me parezco a mi papá porque, cuando me río siento que se me arrugan los ojos". Don Diego no encontró galante la referencia.

Sus originalidades y sus anécdotas corrían de boca en boca, y se contaba de él, bajo el nombre de "cosas de don Diego", originalidades realmente extraordinarias.

Ejemplos: cuando estuvo en el ejército organizó en su regimiento una sociedad llamada de "Títeres", de cual él 'fue el primer maestro o director. Los afiliados debían obedecer a un signo del maestro y ejecutar, en cualquier situación en que se hallaran, movimientos ridículos, cual si fueran títeres, a una señal de don Diego que consistía en mover la mano derecha como si tirara de un cordel. El lector calculará los incidentes cómicos y grotescos que se producían y la serie de arrestos y castigos impuestos por los superiores a los afiliados que parecían burlarse de ellos. Esta misma asociación estableció Boris en el colegio con idénticos resultados desastrosos. Los afiliados, aun cuando estuvieran en presencia de niñas o señoras, se ponían a hacerles morisquetas que eran tomadas como burlas sangrientas.

Cierto día iba por la calle con un amigo, delante caminaba un sacerdote, muy amigo de él también. Don Diego dirigiéndose a su compañero le dijo:

-A que me hago saltar por el padre.

-A que no - respondió el otro.

E inmediatamente don Diego corrió adelante, puso las manos en los hombros del sacerdote y lo saltó. El padre furioso corrió tras él y don Diego, poniéndose en cuatro pies, lo obligó a saltarle, so pena de dar contra él, y, ganó la apuesta.

Una vez, emigrado en La Paz, se alojó en compañía de un señor llamado Madero, en una casa en la cual le dieron a cada uno un cuarto.

Comenzaba a tomar el sueño el señor Madero, cuando oyó un ruido en su puerta, encendió su vela, y vio a don Diego que entraba con su colchón auestas y le pidió alojamiento por aquella noche, pues no podía dormir solo. Don Diego tenía miedo a las almas, singular contraste en un hombre que había dormido en campos de batalla llenos de cadáveres. Se recuerda también los terrores que rasó cuando murió Moroño. Moroño era viejito, chiquito, flacuchin, insignificante; su alma debía estar en proporción de su cuerpo, y sin embargo don Diego le tenía más miedo que a una legión de demonios.

Otra aventura: Suipacha, sitio en que tuvo lugar la batalla, de su nombre y célebre por esto, era una aldea no muy distante de Tupiza. Sus campos circunvecinos producían mucho maíz y don Diego necesitando alimentar a sus peones, fue a buscar maíz a Suipacha. Llegó en una noche de luna, que en aquella comarca alumbra poderosamente. La aldea era tristísima, desolada, parecía inhabitada, y traía el recuerdo, a quien lo tuviera, de una población árabe en el centro de un desierto montañoso. Ni una luz se veía en las calles ni en las casas, cuya sombra aumentaba el melancólico sosiego.

Don Diego fue a alojarse a casa del cura, su amigo, donde le dieron un gran salón por dormitorio. El párroco, durante la cena, cometió la imprudencia de contar que en el salón indicado había muerto hacía poco su hermana. Don Diego, espantado, demoró lo más posible el momento de recogerse, pero no era posible pasar la noche en vela. Por fin se fue a su cuarto y para contar con un recurso de escape, dejó entreabierta la puerta; la luna invadía la habitación; don Diego, cansado, no tardó en conciliar el sueño, pero en cierto momento se recordó sobresaltado. Sentía hacia los pies el peso de un cuerpo que se movía y masticaba, que lo heló de espanto; pero como el objeto aquel no era agresivo, cobró coraje, sacó una mano con la cual se aventuró a explorar el sitio con grandes precauciones, tocó unas astas, y al descender la mano, unas barbas. ¡Astas, barbas! se dijo, no puede ser sino el diablo, y sin más ni más se levantó de la cama, salió al patio en camisa dando gritos, mientras oía el zapateo del diablo que corría tras de él. La cocinera del cura se asomó a la ventana, y al ver a don Diego en paños menores y corriendo, seguido de un chivato familiar, se explicó el episodio y le gritó

-¡No se asuste, don Diego, es el chivato!

En otra -ocasión, en Salta, un enemigo del gobernador hablaba incendios de éste. Don Diego, al oírle decir que aun cuando había sido su amigo íntimo no volvería a poner los pies en su casa, le recordó este refrán : "nadie puede decir de esta agua no beberé", y como el opositor insistía, acto continuo lo levantó en sus brazos, salió de la casa, atravesó la calle, entró a la del gobernador que estaba enfrente, y lo depositó en medio del salón.

Pobre don Diego, murió en Buenos Aires, a consecuencia de una infección .tomada en los esteros del Paraguay durante la guerra.

Doña Visitación había nacido en Tucumán y pertenecía a una familia distinguida de origen español. Había sido muy linda en su juventud y en su edad madura, y aun en su vejez conservaba rasgos de belleza. Educada a la antigua, era sumamente religiosa e inmovible en sus principios; en materia de educación, creía en las ventajas de una gran severidad en que toda falta debía ser castigada con rigor, en que una madre tolerante era criminal, y aun cuando quería mucho a sus hijos y se sacrificaba por ellos, no les escatimaba rigores y castigos. Boris la llamaba, a escondidas, "el tirano".

Toda su vida fue un verdadero martirio, por la escasez de recursos, por las penurias que ocasionaban las enfermedades de sus hijos, y por mil otras causas que es inútil referir.

Era inteligente, amena en su conversación y hasta irónica, pero inaccesible al humor, del cual no entendía una palabra, y desconocía, por tanto, a su marido, cuyo carácter era esencialmente humorístico.

Pocas personas saben lo que es humor, y las que lo entienden a medias, lo desdeñan. El humor es, sin embargo, una alta calidad del espíritu. Alguien ha dicho: "Es necesario que tras de él haya algo que le dé solidez y brillo; implica un espíritu sano, capaz, penetrado de gravedad. Hay siempre un tinte de filosofía; hay tristeza, profundidad y pasión en los más grandes humoristas".

Los únicos años de felicidad relativa que tuvo, fueron aquellos que pasó en Salta, después que sus hijas se casaron y que sus hijos fueron colocados más o menos bien; y esa relativa felicidad de que gozaba era debida al pobre Boris, quien desde que pudo ganar algún dinero, le mandaba socorros que se convirtieron al fin en una modesta pensión, a la cual se añadía la del gobierno. Con ello y con los regalos de Boris, la señora lo pasaba bastante bien y satisfacía sus aficiones religiosas, traspasando a la Virgen cuanto vestido le mandaba Boris, lo cual no impedía que éste fuera debidamente calumniado en Buenos Aires, donde según pública opinión, era un hecho que su madre se moría de hambre en las provincias, mientras él vivía en la abundancia. "¿Si no, por qué no la trae P", se decían las gentes. ¡Qué brutos! Si Boris hubiera llevado su madre a Buenos Aires, habría hecho de ella la mujer más infeliz de la tierra, provinciana y habituada a vivir a su modo, ser, transportada a la capital, en donde todo el mundo encontraría ridículos sus hábitos, sus modos, y hasta sus trajes por más de moda que fueran... ¡cálculense los disgustos que semejante desaprobación pública le traería!

En cambio ella vivía en su casita, cerca de

una iglesia, donde oía todas las misas que le daban la gana, se confesaba dos veces, por semana, para poder reincidir en sus murmuraciones; rezaba a San Vicente y a Santa Bárbara, de quienes era devota, ocupaba poco espacio en el mundo y conservó hasta su último momento la completa tranquilidad de alma y de conciencia.

Las hermanas de Boris eran tres : María, Cristina y Vicente (ya se sabe que doña Visitación era devota de Santa Bárbara y de San Vicente de Paul, y sépase que su hijita Vicente, si se llamaba así, era porque doña Visitación no se atrevió a llamarla Bárbara, aun a riesgo de provocar varias tempestades).

Las dos mayores eran muy lindas y lo parecían aún más en Tupiza, donde no abundaban las gentes blancas y de origen exótico. Marta era de tipo francés, heredado de su abuela paterna; Cristina parecía una inglesa nacida en el centro de Londres.

La educación que recibían en Tupiza era buena, pero insuficiente, como se comprenderá.

El cura Rendón, quien tendrá su párrafo aparte, viendo que de la inteligencia de estas jóvenes algo podría sacarse, llevó su generosidad hasta el punto de costearles el viaje a Chuquisaca y su colocación en un colegio religioso, durante un año o más.

Doña Visitación consintió en el viaje por razones que se suponen, a pesar del dolor de la separación. Cuando volvieron a Tupiza ya sabían las pobres chicas todo lo que se enseña en los colegios de niñas, principalmente labores, y eran eximias en materias de rezos; nadie rezaba mejor que ellas.

Su aptitud para el bordado de seda en colores les proporcionó varios encargos de ropas ricas, que les procuraba alguna ganancia.

Ninguna de ellas era feliz, porque sus pensamientos y sentimientos salvaban los límites de Tupiza.

María era morbosamente impresionable y sufría verdaderos accidentes cuando su madre, en vez de reconocer el origen de sus padecimientos, la reprendía severamente por tenerlos. Tuvo cuantos pretendientes inservibles pasaron por el pueblo, pero se casó en Salta con un señor muy digno de ocupar un lugar distinguido en los infiernos; la hizo muy desgraciada, y fue tal vez la causa de su muerte.

María era muy cariñosa con todos sus hermanos, y particularmente con Boris. Este recuerda aun el llanto desesperado que causó a su hermana la orden terminante del Tirano de cortarle el pelo rubio, largo, enulado, so pretexto de la dificultad de peinarlo.

-Yo lo peinaré todos los días - decía, y suplicaba el retiro de la orden. No obstante, la abundante masa de cabellos cayó al suelo.

Nunca olvidarán sus hermanitos el gran recurso de diversión que ella les proporcionaba. Era gran lectora de novelas y tenía una excelente memoria; y en las noches de invierno, frías, cuando los niños estaban alrededor del brasero, ella les contaba, con una fidelidad insuperable, la novela que leía. El conde de Monte Cristo, Los misterios de Paris, Rob-Roy, El castillo de Woodstock, etc etc., dándoles así las primeras nociones de literatura, avivando sus sentimientos y endulzándoles la vida. Sus hermanitos la adoraban.

Cristina era una muchacha alta, rubia, de grandes ojos negros, y

facciones correctísimas, muy elegante; más que afecto su persona inspiraba admiración. Era muy ocurrente e irónica ; reservada, parecía que guardaba sus sentimientos como un tesoro difícil de alcanzar. Boris recuerda muchos de sus dichos y la impresión que revelaban. Muy afecta a los perfumes, amaba sobre todo el oler de la tierra recién mojada; echaba un jarro de agua a una pared de adobe y al sentir el olor que de ella desprendía exclamaba : "¡Para qué es la vida!"

En cierta ocasión paseaba en los alrededores del pueblo con una familia y con un inglés que la quería con pasión.

Una vaca pasó corriendo junto a ellos, Cristina huyó del sitio, llena de espanto; el inglés le preguntó después si había huido de temor, y ella le contestó

- "¡No, de vergüenza!"... El inglés dijo: ¡Oh!, muy perplejo. En otra circunstancia entregándole una receta a un sirviente, al preguntarle éste si debía llevarla a la botica, repuso:

-No, a la carnicería.

Cuando la familia fue a Yaví, hallábase allí emigrado de Salta un distinguido abogado; lindo hombre, elocuente orador, polemista, sumamente exaltado. La pasión en todo era la regla de su carácter, se enamoró de Cristina, y Cristina, la altiva, sintiendo el influjo de la figura varonil y de ese temple enérgico, aceptó sus homenajes y se casó con él.

Cristina no fue feliz al lado de un hombre tan violento, aunque bueno para ella; murió dejando dos hijas que heredaron su belleza y el carácter de su padre, pero invertido, pues eran de una dulzura encantadora. ¡La fuerza del destino! ¡Quién le había de decir al marido de Cristina que en los últimos días de su vida iba a ser asistido por el niño que apenas conoció!

En efecto, cuando estalló la fiebre amarilla en Buenos Aires, allá por el año 18..., Boris era ya médico y gozaba de muy buena reputación. Fue a ver a su cuñado, que contrajo la enfermedad, lo asistió durante dos días; él, a su vez, cayó enfermo gravísimo, y cuando recobró la salud, preguntó; por su enfermo y supo que había muerto.

Vicenta. -Todos la llamaban Vicentita. Era un ángel, según la idea que tengo de los ángeles, excepto en la belleza física. Pero como los ángeles no tiene cuerpo...

La naturaleza le había dado todas las cualidades, excepto esa ; sus hermanos para referirse a ella, decían: "la fea, la fiera" (fiera en el lenguaje usual significaba fea). Qué crueldad con una inocente criatura, modelo de bondad y de admirables sentimientos; solo la falta de intención de sus hermanos podía disculpar esa inconsciente maldad. La pobrecita, cuando así se la denotaba, nada decía, pero sus ojos se llenaban de lágrimas, sentía la herida y se iba a llorar donde nadie la viera. Era delgada, flacuchina, parecía un niño endeble bajo sus pobres vestidos que envolvían en apariencia un cuerpo de mujer. Pero esa frágil

estructura encerraba un alma llena de sutil inteligencia, delicadeza, abnegación y extrahumanas virtudes.

Cuando su mamá para consolarla le ofrecía un vestido nuevo: "Para qué - decía -,yo me voy a morir pronto".

Su modo de hablar revelaba su originalidad, usaba las fórmulas de retórica sin saberlo, su inteligencia vivísima saltaba de un hecho concreto a una concepción deducida, sin pasar por los preliminares, por intuición. Ponía nombres que implicaban vida a los objetos, por poco que se prestaran a una aproximación a los seres vivientes. Un día dijo a su mamá:

- ¿Sabes que voy a casar a Pina con el soldado? -¿Por qué, mi hijita? - Porque es muy perezosa y necesita tener quien la proteja cuando yo me muera.

Pina era una muñeca de trapo y el soldado un muñeco de madera vestido con chaqueta azul y pantalón colorado. 1 Pobrecita, siempre pensando en morirse! Esa obsesión tal vez era la causa de sus frecuentes tristezas y de su indiferencia por todo lo que otras criaturas ambicionan.

No tenía nada que valiera algo. Sus muñecas eran baratas, su costurerito una canastilla ordinaria ; nada, nada, excepto un par de aritos de oro, regalo de su mamá cuando la niña tenía seis años. Uno de esos aritos está en poder de Boris en calidad de reliquia.

Como era muy servicial, por ayudar a la cocinera en cierta ocasión, cortó una papa (patata) y, al abrirla, vio que había partido un gusano, y espantada por la idea de haber cometido un crimen soltó la papa, diciendo: "Dios mío, Dios mío, perdóname este gusano", y corriendo y llorando fue a contar el suceso a su mamá.

-Bueno, mi hijita, no llores; lo has hecho sin intención y Dios te ha perdonado.

Con esto quedó contenta y salió del cuarto; pero volvió al rato muy preocupada.

¿Qué tienes?-le preguntó su mamá.

-Mamá, no tengo ya ningún pecado y cuando vaya a confesarme...

-¡ Oh ! falta mucho para eso; pero cuando vayas le dices al padre...

-Sí, ya sé, le digo: "Padre mío, acúsome padre, que no tengo ningún pecado".

-Eso es.

Su memoria era sorprendente, recordaba cuanto leía, recitaba el catecismo de principio a fin textualmente, y lo analizaba con aquella lógica implacable de los niños. Un día dijo a doña Visitación:

-Mamá, yo no voy a ir al cielo ni voy a ver a Dios.

-¿Por qué, mi hijita?

-Por lo de las bienaventuranzas.

-¿Qué dicen las bienaventuranzas?

-Dicen : bienaventurados los pobres de es piritu porque de ellos es el reino de los cielos; bienaventurados los limpios del corazón porque ellos verán a Dios, ¡y nada de las mujeres!

-Lo mismo es, hija.

-También, mamá, ya ves, todos los ángeles y serafines del cielo son puros hombres.

Doña Visitación, puesta al pie del muro, no supo qué contestar a esto, pues no se atrevió a insinuar que había también ángeles y serafines en el cielo.

Estas observaciones en boca de una niña, no se explican, pero el lector debe estar seguro de la estricta verdad de cuanto refiero.

Los asuntos religiosos le ocupaban mucho, y sus preguntas sobre ellos ponían a prueba la erudición de doña Visitación. He aquí una de ellas para concluir con el tema

-Mamá, ¿la Divina Providencia es hermana de Dios?

-No, mi hijita.

-¿La mujer, entonces?

-No hija; la Divina Providencia es la bondad de Dios para dar a todos lo que necesitan.

-Ah...

Andando los tiempos llegó un día en que la niña se sintió cansada, decaída y afiebrada; hacia la tarde anduvo acostándose a ratos desde

temprano, almorzó sin gana y se metió en su camita sin comer. Al día siguiente se levantó bien, según dijo, pero pasadas las horas de la mañana, comenzó el malestar y la fiebre; echó sangre por la nariz, tuvo escalofríos y fue a la cama cuando el sol estaba aún sobre el horizonte. Ea noche durmió recordándose a cada instante y soñando disparates. Cuando fue la hora de levantarse se sintió fatigada y pidió que la dejaran dormir.

Pasó mal la noche, delirando a ratos; a la mañana se repitió la hemorragia y la enfermita apenas podía moverse; en el vientre hinchado por gases y en el pecho, aparecieron unas manchas rojas (petequias). Se mandó llamar al médico, quien después de un largo examen diagnosticó fiebre tifoidea. Ordenó se trasladara a la niña a otra casa, para evitar el contagio a sus hermanos.

Una amiga de doña Visitación ofreció su casa, por la ventaja de estar vecina, y Vicentita, ya muy grave, fue instalada en un salón frío, bien ventilado y con buena luz.

La orden de separación se cumplió, menos en lo referente a Boris, quien declaró que si no le dejaban asistir a su hermanita se arrojaría a la Poza Verde. Y así fue que apenas se movía de su lado durante el día. Y mientras la dulce criatura tramitaba los últimos restos de su vida, él pasaba su tiempo en contemplarla, besarla y acariciarla, y cuando ella dormitaba, él sin poderlo remediar se distraía examinando los detalles de la pieza; las rinconeras de sus ángulos llenas de santos y vírgenes, su techo de vigas y listones de color oscuro, sus sillas ordinarias y escasas en fila contra los muros blanqueados con cal, su faja de florecillas rojas y azules a lo largo de las paredes y sobre la altura del respaldo de las sillas, la gran ventana y, por una imagen de yeso con cara indiferente,

sin expresión,. apática y fea, colocada cerca de la cama de la enfermita, y que a Boris le pareció de mal agüero.

La cabeza de Vicentita era un volcán, a pesar de habersele cortado el cabello. Su frente quemaba. Boris, en su instinto médico, propuso que se le pusiera barro frío en la cabeza; eso le quitaría más calor que las compresas de agua helada, pensaba. Pero su receta no fue aceptada.

Las horas pasaban sin marcar el menor alivio. Solo una vez la enfermita, haciendo un esfuerzo por mostrarse animada, pidió sus muñecas; les hizo cariños, acostó a Pina a su lado; más luego, fatigada, no se ocupó ni aun de ella y cerró los ojos.. Boris se puso a llorar y empapando su pañuelo en agua fría, humedeció los labios secos y ardientes de su hermana, para poder besarlos sin lastimarla.

Todo iba de mal en peor. Vicentita deliraba. De repente, saliendo de un sopor se incorporaba y gritaba:

-Lleven esos animales, que me dan miedo.

-Pero no hay aquí animales, mi hijita - le decía su mamá.

-Sí - replicaba -; ratones, sapos, arañas, gusanos, yo los veo.

Y rendida por el esfuerzo ejecutado, caía sobre su almohada.

Veinte horas después perdió el conocimiento y a la tarde, hora del crepúsculo, su respiración anhelosa volvióse difícil en extremo, estertorosa; era un ronquido continuo...

-¿Por qué hace así? -preguntó Boris a su madre.

-Porque está muy dormida - respondió ésta, y añadió después de una pausa--: mejor es no despertarla ; vete a casa y mañana vienes temprano...

-Bueno, mamá.

Boris no durmió esa noche ; se levantó temprano y fue a montar su guardia. Al entrar en el aposento vio en él caras extrañas ; algo nuevo había ocurrido. Sin averiguarlo, apurado por ver a su hermanita, se acercó a ella y antes de enterarse de su estado le dio un beso en la frente; mas no bien sus labios la tocaron, se alzó bruscamente, miró un momento el rostro de la niña, echó atrás la cabeza, y cayó pesadamente a los pies de la cama...

Muchos días después de la catástrofe, cuando disminuyó su pena, sus remordimientos continuaron haciéndolo sufrir.

-¿Por qué no le he dado todos mis juguetes?- se preguntaba a si mismo- ¿Por qué no le daba la mitad de mi pan y la fruta que a mí me regalaban? ¿Por qué la mortifiqué alguna vez? ¿Porque no la acariciaba y la consolaba, ni le mostraba el cariño que le tenía, sin saberlo yo mismo?

Lo que más le angustiaba era la imposibilidad de hacerle saber a su hermanita estos profundos pesares y arrepentimientos.

-No me oye, no me oirá nunca -decía-, ni conocerá jamás mi espantosa amargura. ¡ Todo se acabó para siempre!

La verdad es que Boris, desde la -muerte de Vicentita, cambió en mucha parte la índole de sus conceptos; su fe religiosa desapareció y con

ella su aplicación a los sucesos de la vida.

Dios, si existía, era un ser mal intencionado y cruel; la Divina Providencia, una vieja bruja perversa, y el Ángel de la Guarda, un tonto inútil.

Estas ideas atenuadas y reducidas a términos racionales, subsisten en Boris; sus opiniones se amoldan a una ironía festiva que no hiere, con la cual oculta o disfraza sus sentimientos ingénitamente bondadosos.

No tiene ninguna de las ideas llamadas absolutas, ni cree en la estabilidad de las virtudes humanas.

Los hermanos se llamaban Tomás, Gregorio, Patricio y Alberto.

Tomás, como todos los miembros de su familia, tenía instintos médicos, y aunque colocado como dependiente en una casa de comercio, estudiaba, en cuanto libro le caía a la mano, cosas de medicina, principalmente de farmacia, de la cual se sirvió para establecer una especie de botica, con gran beneficio del público y suyo.

Se caso a su tiempo, formó una familia, como cualquier hijo de vecino, en la cual ningún acontecimiento extraordinario sucedió jamás, a no ser la muerte de su jefe, ocurrido en la hora que marcó el destino...

Gregorio era muy inteligente, pero algo extravagante e inclinado a abusar de su fuerza. Boris recuerda que lo despojó de una frazada una noche de mucho frío, en virtud de este aforismo que él llamaba lema chileno : "Por la razón o la fuerza". Fue a vivir un tiempo con su padrino, cuya casa era de altos y naturalmente con balcones a la calle. La única ocupación y diversión del ahijado era pararse de cabeza en una perilla de la baranda, lo que sacaba de quicio a su padrino y a la digna consorte de éste.

No puedo dejar de mano esta casa sin estimar una de sus cualidades.

Ya he dicho que Boris marcaba cada situación de su vida con alguna sonata, aire conocido o armonía, por tanto debo decir que persiste en su oído el arrullo melancólico y suave de dos palomitas silvestres que cuidaba el matrimonio sin hijos que la habitaba.

Boris no recuerda ninguna otra peculiaridad de Gregorio ni su vida, a no ser que se caso en Salta; tuvo una regular familia de varones y mujeres y vivió, no sé como, hasta que Boris, ministro de Instrucción Pública, le dio un puesto en el laboratorio de química de esa ciudad, donde, a consecuencia de la explosión de una ampolla que contenía ácidos, se quemó la cara y recibió grave daño en los ojos.

Al morir, años más tarde, Boris naturalmente tuvo que asignar una pensión, que aún continúa, a la familia, olvidando el asunto de la frazada.

Patricio era erudito, principalmente en historia, haragán, perezoso; habíase inventado una enfermedad del corazón . para pasarlo bien y disculpar su ociosidad ; era pintor decorador y paisajista de afición, y pintaba árboles que parecían animales y animales que parecían árboles. Tenía un aspecto doctoral. En Salta fue profesor de un Instituto del cual

salió a consecuencia de su terrible enfermedad del corazón. Se fue a Catamarca. Allí se caso, se metió en política, llegó a ser elegido diputado por aquella provincia, pero el Congreso rechazó su diploma, por no sé qué causa. Boris lo hizo empleado de correos primero, después administrador en un pueblito, situación que dejó por su consuetudinaria y admirable desidia. Naturalmente, ahora vive con una pensión de Boris y su enfermedad sigue.

Alfredo era inteligentísimo, lleno de aptitudes para aprovechar, ninguna de ellas, al menos con cierta persistencia.

Fue militar, estuvo en la guerra del Paraguay, donde hizo buena figura. Era burlón y tenaz

en sus bromas, lo cual le procuró serios disgustos.

Este no tuvo pensión pero dejó, al morir, un hijo que la tiene.

¡Boris es el hombre de las pensiones!

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>